



MUERTE EN YE-YE



Vernon Taylor —secretario de míster George Alfred Emerson, cónsul de los EE. UU. en Estocolmo—, era un hombre joven quizá demasiado para el cargo que ocupaba, de aspecto agradable, facciones un tanto risueñas, aire de *public-relations*, desenfadado y al mismo tiempo muy cauto.

Lo que nadie podía discutir era su inteligencia y preparación.

Con su habitual jovialidad, recibió al detective Russell, invitándole de seguido que tomase asiento al otro lado de la mesa.

Dijo, con abierta sonrisa:

—Casi es un honor conocerle, Waldrip.



Frank Caudett

Muerte en ye-ye

Bolsilibros - Servicio Secreto - 924

ePub r1.0

Lds 07.01.18

Título original: *Muerte en
ye-ye*

Frank Caudett, 1968

Cubierta: Ángel Badía Camps

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



PRIMERA PARTE

LOS INADAPTADOS

«Daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil y como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano, no dejaban cosa sana».

Del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

CAPÍTULO PRIMERO

Es un error.

Y ellos lo saben.

Eso es precisamente lo peor de las equivocaciones, saber que se están cometiendo.

Los inadaptados saben a ciencia cierta que se equivocan.

Que mienten al mundo.

Que se engañan a sí mismos.

Que silencian sus conciencias con sofisticados argumentos.

Ser joven, pertenecer a una nueva generación, haber nacido y estar viviendo en una era moderna, atómica, sensacional, no es sinónimo de inquietud, de rebeldía, de necesidad de mostrarse distinto.

La juventud no obliga a sentirse superior, incomprendido, a burlarse de los viejos preceptos que nos han acunado.

Para ser escritor, pintor, artista..., ¿debe serse forzosamente bohemio?

No.

Entonces, amigo, para ser joven, no es necesario mostrarse disconforme con el mundo, no es obligación llamarse incomprendido y mucho menos decir que se es inquieto porque nada de lo que hemos encontrado está bien hecho.

Pero en el supuesto que todo eso fuese cierto, dando beligerancia al hecho de que ser joven es ser distinto, incomprendido, mejor...

Lo mejor para demostrar que se es eso... es serlo.

No basta con lanzarse al desenfreno, al snobismo exagerado, al escepticismo rayano en la falsedad, al egoísmo fronterizo con la degeneración, a la libertad confundida con el libertinaje.

No basta con llamarse inadaptado, con dejarse el cabello hasta la cintura, con desvestirse, con bramar, con pisotear en flagrante escarnio los principios humanos y divinos.

Eso es un error.

Y los errores aunque parezca que nunca ha de llegar, amanece el día en que se pagan.

Caros.

Demasiado caros para lo poco que de ellos se ha obtenido.

Razona, pues, piensa, juzga si en realidad era mejor.

Pregúntale a tu conciencia..., ¿soy un inadaptado?

Y verás cómo la respuesta no atiende a nada de lo que has hecho y dicho... Verás cómo esa palabra no es sinónimo de nada...

Verás cómo no estás en el mundo sólo por ti, para ti, gracias a ti, verás que para ser mejor no hay que ser inadaptado, incomprendido...

YE, YE.

Russell Waldrip, acodado en la amura de estribor del «Motala» buscó su imagen en las nítidas y transparentes aguas del Canal de Gota.

Vio sus ojos azules, su cabello rubio como el oro de ondas cortas y espesas, su boca de labios sensuales, sus anchos hombros perfectamente encajados en la deportiva chaqueta a cuadros y el pañuelo anudado al cuello con negligencia que sobresalía de la camisa *beige* de puntiagudo trazo.

Se preguntó a sí mismo qué hacía allí.

A bordo de aquella nave, efectuando un crucero de placer a través del encantador canal sueco que abría una ruta, fluvial de costa a costa.

De Göteborg a Stockholm.

Un pequeño y cómodo barco que navegaba bajo una bóveda de follaje cuyas ramas podían alcanzarse desde la cubierta, bajo un horizonte abierto que mostraba cerca y lejos maravillas arquitectónicas, lagos de ensueño, románticos archipiélagos, enormes montañas de esplendoroso colorido, idílicos rincones de umbrío verdor.

Russell, sonriéndole a las aguas, se hizo otra vez la misma pregunta:

¿Qué le importaban a él las maravillas de un país desconocido,

el cautivador encanto de un crucero de placer?

No.

Nunca debió haberle dicho que sí a Winslow Thornton.

Y menos aceptar aquel caso con matices de novela rosa.

El, un detective neoyorquino, un experto criminólogo, un nombre cotizado en la bolsa de la investigación..., encarnando el papel de niñera, de ángel bueno, de pastor en busca de la oveja descarriada para devolverla al redil.

¡Menuda fantasmada!

Todo porque Winslow Thornton era un tipo influyente, el politiquillo de moda en Nueva York.

Todo porque tenía una estúpida hija de la novísima ola, una muñeca sofisticada que se decía chica

«ye-yé»,

que adoraba las minifaldas y había tenido la feliz idea de plantarse frente a un empresario del Broadway, soltar cuatro berridos y, vaya a saberse con qué mañas, conseguir que la dejaran saltar encima de un tablado para seguir berreando hasta quedar afónica.

¡Escándalo mayúsculo!

La retoña de un futuro senador, en lo alto de una tarima y acompañada por cuatro melenudos que empuñaban sendas guitarras con «rabo», vociferando las aberraciones musicales más en boga.

Papá Winslow había tomado sus medidas.

Medidas, por lo visto, tan cortas como las faldas que se ponía su hija.

Y la niña, de la noche a la mañana, se dio el «bote».

Con dinero resultaba fácil obtener un pasaporte en el que se dijera que una tenía la edad suficiente para viajar sola sin necesidad de la engorrosa autoridad paterna.

Ni más ni menos que lo que había hecho Sisely Thornton.

Para largarse a Europa ya que, en el viejo Continente, lo «ye-yé»

era como antaño las empolvadas pelucas y el rapé de Versailles.

Pero Sisely había sido lo suficiente estúpida —cosa común a ese animal de ideas cortas y cabellos largos del que tan poco partidario era el amigo Arturo Schopenhauer— como para mandarle postalitas a su compañera Gladys.

Y la otra, que tampoco era un prodigio de inteligencia, le había

faltado tiempo para largarse con las postales de frente y a paso ligero, a casita de papá Winslow.

El cual, en un arranque de progénita autoridad, hablase plantado en el despacho de Russell Waldrip, montón de billetes por delante y pliego de postales por detrás, gritando:

«—¡Vaya a Europa y tráigame a mi hija..., cueste lo que cueste!».

¡Je... Je! Como si traerle a su «inadaptada» mocosa de la minifalda fuera traerse la piel de un león después de un safari en Nigeria.

Pero Russell había cometido dos errores.

Uno, dejarse impresionar por el todopoderoso míster Thornton.

Dos, no saber decir una N y una O.

Total, que luego de examinar las postalitas con tanto afecto dirigidas a la candidata número uno para el título de «Miss Golfista 1966», el detective había llegado a la conclusión de...

Tarjeta uno: Puerto de Göteborg.

Tarjeta dos: Lago Edet.

Tarjeta tres: Vista de Vanersborg.

Tarjeta cuatro: Lago Viken.

Había llegado a la conclusión de que Sisely estaba realizando el estupendo crucero del Canal de Göta.

Con destino a Stockholm, artística capital de Suecia, país en teoría supercivilizado, donde la moderna juventud inadaptada gozaba de pasmosa impunidad.

Era asombroso comprobar hasta qué extremos podía conducir el ansia de ser profeta en la tierra de los ye-yés».

Russell Waldrip se zafó a sus pensamientos, dejando de mirarse en el agua como lo hubiera hecho el más común de los turistas.

De esos turistas que en casa forastera son capaces de fotografiar una mosca, para luego compararla con las que se «fabrican» en su país.

El superlativo de la imbecilidad al cuadrado.

¡Bah!

Mucho pensar y mucho reírse de los demás, ya estaba convertido en una «madre superiora» con camisa deportiva.

Y tenía razón aquél que había dicho que no sólo son borregos los

que llevaban lana.

Russell se fue hacia proa mientras trataba de encender un cigarrillo.

Inclinada la cabeza y haciendo cueva con una mano para que el vientecillo no ahogase la llama del encendedor, no pudo ver...

Pero si oír.

—¡Vaya sorpresa! ¡Si es el mismísimo Russell Waldrip!

Voz femenina.

Acabó de prender el pitillo y alzó los ojos en busca de la escandalosa.

¡Estaba como un reactor!

Imponente.

—¿Me conoces, princesa?

«Princesa» se había calzado un vestido lila sin mangas que le ceñía todo aquello que tenía tan bien puesto para ser ceñido, que se detenía dos dedos por delante de unas maravillosas rodillas descubriendo la pareja de extremidades inferiores mejor formadas, más delicadamente torneadas que un escultor podía exigir.

—¿Quién no te conoce, pesquisa?

Tostadita por el sol, era todo un prodigio.

Tenía un par de ojazos que dejaban a la noche en ridículo, una nariz picarona y graciosa; con una boquita de fresa formada por unos labios carnosos, levemente contraídos, esperando ser devorados.

Era toda una mujer, con M de maravilla y R de ricura.

Ella, con una sonrisa que cubicó su belleza a la enésima potencia, compuso con las finas cejas un arco burlón y picaresco.

El dijo:

—A mi, princesa, me sobran ganas de preguntarte: ¿Quién eres?
¿Cómo te llamas?

Ella se acercó hasta él peligrosamente.

La nave se movía mucho haciendo perder la estabilidad de quienes paseaban por cubierta.

Eso le ocurrió a la de negros ojazos...

Para que Russell la recogiera galante y, aprovechadamente, apretando sus tibios hombros.

Abrió él los labios para que cayese el cigarrillo.

Y luego, como hacen los buenos hijos del Tío Sam, los cerró

sobre los de ella.

Quizá no lo esperaba...

Puede que lo hubiese buscado...

Pero fingió, o de veras se enfadó, soltando un par de sonoras bofetadas contra las mejillas del detective.

Más de un turista echó la placa correspondiente.

Podía pasar por una «tipical» escena.

—Desagradecida... —susurró Russell, frotándose la parte castigada.

Ella soltó una argentina carcajada.

O sea que, encima del par de «castañas», se tomaba la cosa a «cachondeo».

—Soy periodista del «Herald Tribune». Me llamo Penélope Quincy. No apruebo que me besen en público.

Russell se pasó una mano por los rizados cabellos.

—¡Oh, princesa! Yo que suponía esto un familiar crucero, un crucero de intimidad. Perdona. ¿Cuál es tu camarote?

Penélope arrugó la naricita, gesto que sobradamente sabía le sentaba más que bien.

—El siete de popa. Pero lo comparto con una desgarrada inglesa que sigue recordando con nostalgia los tiempos del «charleston». Edad no definida..., que puede determinarse entre los noventa y ciento diez años.

—Un sol de mujer, como si la viera. ¿Qué se te ha perdido por aquí, Penélope?

Rió silenciosamente la mujer, mientras caminaban hacia proa.

—*Top Secret*, pesquisa.

—Canta... o te retorceré ese gaznate de cisne que tienes. No es correcto, en Suecia, andar con secretos cuando se tropieza con un paisano. ¡Ah...! Si Nueva York no fuera tan grande...

—¿Qué...?

—Te hubiese conocido hace tiempo y éste sería nuestro viaje de «Luna de jugo de abeja».

Penélope rió con ganas.

Se apoyaron en la borda, de espaldas al agua.

—No pareces un detective Russell. Aunque según ciertos periódicos. Holmes era a tu lado un principiante.

—Son tiempos distintos, princesa. Sherlock era un hombre

deductivo, medido, reflexivo... Yo, ¿qué voy a decirte? Deduzco menos y «sacudo» más. Los resultados vienen a ser los mismos, aproximadamente, claro. ¿No quieres decirme qué haces en Suecia?

Penélope se llevó un dedo a la deliciosa boquita.

—Soy una reportera... digamos

«ye-yé».

Sólo de pluma, ¿entiendes? He sido enviada para escribir varios artículos sobre la inadaptada juventud sueca y para constatar qué hay de cierto acerca de ese misterioso sindicato que pretende explotar a la nueva ola como Capone explotó la cerveza.

Russell enarcó las cejas.

—¡Vaya! ¡Ésta sí que es buena! ¿Un sindicato dices?

Asintió con su cabeza de azabache colorido.

—¿Es posible que no hayas oído hablar de ello? ¿Tampoco del crimen que se cometió hace una semana en Estocolmo? ¡Es impropio de un detective!

El de los ojos azules la miró intensamente. Todo lo intenso que debía mirarse aquel pozo de hermosura periodística.

—No tengo tiempo para enterarme de los crímenes que se cometen en Nueva York cada mes... ¿Cómo quieres que esté al corriente de los que matan aquí?

—Cuando se trata de un crimen tan espectacular como éste, se come cuatro veces por día en cada mesa del mundo.

—*Mea culpa...*

Penélope sonrió de nuevo. Con ganas.

Era agradable conversar con aquel hombre de estupenda factura, atlético, de correctas facciones y dorados cabellos, detective ídolo de su ciudad natal y que el destino le había llevado a conocer a bordo de un simpático barco que surcaba aguas suecas a miles de millas de Nueva York.

—Laura Silveira... —musitó la periodista, mirando al detective de un modo extraño—. La estrangularon con una cuerda de guitarra eléctrica en su apartamento. Dejaron la guitarra junto al cadáver y un disco de The Beatles puesto en la radiogramola. Ella era portorriqueña. Cantante de

«ye-yé»

que, como otras, vino a Suecia buscando fama. La policía de aquí es muy lenta. Además, su campo de acción a la hora de investigar se

encuentra limitado por una serie de prejuicios y absurdas fronteras legales que, por lógica, redundan en beneficio de los delincuentes. La *vox populi* dice que Laura Silveira fue asesinada por un grupo de melenudos

«ye-yé»,

al haberse negado a pagar los honorarios que el sindicato se estipula a sí mismo.

Russell Waldrip frunció el entrecejo.

—Vamos a ver si he comprendido bien —musitó— son antros donde se canta, toca y pateo esa mezcla discordante de notas que llevan por nombre música moderna, son una fuente de dinero. La juventud llena esos locales a rabiarse, es un magnífico negocio como en otros tiempos lo fuera la tan prostitución, la bebida, el juego..., alguien ha comprendido que se puede ganar «pasta» larga explotando la estulticia de esta generación estúpida que se dicen inadaptados... ¿Quieres cantar..., quieres tocar la guitarra...? ¡Pues paga!... me parece una excelente idea. Y el que no paga..., encuentra el cuello adornado con una cuerda de guitarra.

Penélope asintió.

—Más o menos, eso es lo que se dice. Falta saber lo que se dice de verdad.

El detective pareció meditar unos segundos.

—Pero si es verdad —gruñó—, debo localizar lo antes posible a esa estúpida de Sisely.

La periodista arqueó las cejas.

—No te entiendo...

Russell soltó una carcajada.

—Oh, es cierto. Todavía no te he contado lo que hace uno de los detectives neoyorkinos a bordo de esta nave encantadora, en pleno crucero de placer. ¿Has oído hablar de mister Winslow Thornton?

—¿Y quién no, Russell? El y tú, tú y él, sois los platos fuertes de la ciudad de los rascacielos.

—Entonces... —sonrió Russell jugando con el pañuelo—, ¿ya sabes de su hija

«ye-yé»?

—Por supuesto. La que dio el escándalo en Broadway.

—Correcto, «plumífera». Sisely Thornton está en Suecia. Fuga del hogar paterno, falsificación de pasaporte, ansias de gloria en el

mundo musical moderno. Destino: Estocolmo.

—Entonces...

—Debo encontrarla antes de que la preparen con la cuerdecita de guitarra y devolvérsela a papá Winslow en perfectas condiciones físicas. ¿Cuál es la próxima parada de este vaporcito?

No comprendió ella el significado de la pregunta, pero respondió:

—Creo que Söderköping...

—Lugar en que tu amigo Russell tomará tierra para proseguir en tren raudo y veloz viaje hacia la capital del impero «ye-yé».

—Pero...

—Pero..., princesa de graciosa nariz, debes comprender que el «abuelo» Russell tiene muy pocas ganas de que le compliquen la vida, ¿entiendes?

—¡Ahora que te he conocido...!

—No sufras, encanto. Cuando la desgarbada inglesa esté paseando por cubierta, prometo bajar al camarote y besarte en privado.

Penélope Quincy, brillando peligrosamente sus inmensos ojos negros se volvió hacia él, consumiendo la exigua distancia que los separaba.

—No importa, Russell. Bésame en público.

Asombra ver cómo las monótonas costumbres de toda una vida pueden alterarse, en un segundo, a bordo de un barco sueco.

Rizadas las aleteadas pestañas, rizados los rubios cabellos.

La ciñó por la cintura atrayéndola contra sí para buscar su boca fresca con prolongada vehemencia.

¡Eso era un besazo! Lo demás, tonterías.

CAPÍTULO II

Vernon Taylor —secretario de míster George Alfred Emerson, cónsul de los EE. UU. en Estocolmo—, era un hombre joven quizá demasiado para el cargo que ocupaba, de aspecto agradable, facciones un tanto risueñas, aire de *public-relations*, desenfadado y al mismo tiempo muy cauto.

Lo que nadie podía discutir era su inteligencia y preparación.

Con su habitual jovialidad, recibió al detective Russell, invitándole de seguido que tomase asiento al otro lado de la mesa.

Dijo, con abierta sonrisa:

—Casi es un honor conocerle, Waldrip.

Russell esbozó un rictus escéptico.

—No cometa el error de admirar los ídolos que el hombre crea. Suelen tener los pies de barro.

—¿Es eso una estudiada frase de modestia... o un auto-retrato sicológico?

—Posiblemente... —musitó el detective—, un equitativo reparto de ambas cosas. ¿Ha recibido noticias de míster Winslow Thornton?

Taylor, que tenía unos vivísimos ojos pardos, los hizo correr de un extremo a otro de las órbitas.

Exclamó:

—¡Por supuesto! El prominente Thornton está más que preocupado por las andanzas de su díscola heredera. Hace un par de días que llegó su cable. Me hablaba de usted y los motivos de su viaje a Suecia. También, ¿cómo no?, de su hija. Debo confesar que no he dispuesto del suficiente tiempo para ocuparme a fondo del asunto, pero las pobres gestiones que he realizado con el fin de localizar el paradero de Sisely Thornton han sido rotundamente infructuosas.

Russell extrajo el paquete de cigarrillos, para lo cual entreabrió su deportiva chaqueta color crema, dejando al descubierto la funda sobaquera que albergaba la pavonada «Magnum».

Taylor, observador por naturaleza, captó el detalle al vuelo mientras Waldrip encendía el pitillo.

—Comprendo —musitó el detective, exhalando una columna de humo—. La niña mal criada tendrá un buen cuidado de ocultarse antes no consiga contrato para poder berrear a sus anchas.

—¿Me permite un consejo, Russell? —inquirió el secretario a media voz.

Asintió el otro un tanto burlón.

—Suelo escucharlos todos —dijo—. Aunque raramente hago caso de ninguno. Adelante, le oigo.

—Veo... —Vernon Taylor lanzó una significativa mirada hacia la chaqueta de Waldrip— que va usted preparado...

—Es mi obligación, amigo.

—Pero esto no es Nueva York, detective.

—¿Y...?

—Existe aquí, como en cada país del mundo, una forma muy peculiar de interpretar las leyes. La policía opera a su modo..., digamos sobre seguro. Pero se muestra poco tolerante con las intromisiones, le desagrada enormemente que alguien trate de asumir su papel o de inmiscuirse en su trabajo. Máxime si el individuo en cuestión es un extranjero. En Estados Unidos, usted lo sabe mejor que yo, Waldrip, un detective es en ocasiones más que un policía. En Suecia, un detective es menos que nada. Por otra parte se pueden contar con los dedos de una mano los casos en que se recurre a un investigador privado. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Russell se encogió de hombros un tanto ambiguo.

—Me parece que he comprendido. Pero yo he venido con el único fin de localizar a Sisely Thornton y devolvérsela a su padre. No creo que las autoridades suecas tengan nada contra eso.

—Siempre y cuando usted no «tire» de la «Magnum» ni se desenvuelva lo expectivamente que en Nueva York.

—Pauta que como es lógico, amigo Taylor, marcarán las circunstancias.

—Procure huir de esas... circunstancias.

Sonrió el detective al tiempo que aspiraba con fruición la húmeda punta del cigarrillo.

Miró de frente al secretario del consulado.

—Eso, aún deseándolo, no es fácil.

—Basta con poner de su parte, Waldrip.

Un gesto ambiguo por parte del investigador.

—He venido a cumplir un trabajo que no es precisamente de mi agrado, Taylor. Pero, me guste o no, he de poner en él todo mi empeño. Si las cosas se tercian no me pararé a pensar que estoy en Suecia o en el infierno. ¿Me entiende usted a mí?

El risueño Vernon Taylor oscureció sus correctas facciones.

—Temo entenderlo demasiado bien, Waldrip. Pero recuerde que su condición de súbdito extranjero no le exime de respetar los preceptos legislativos de este país.

—Obvia advertencia, míster Taylor. ¿Hay algo que pueda decirme con respecto a esa muchacha?

Negó con la cabeza.

—Ya le he dicho al principio que mis tímidas gestiones no han sido fructíferas.

—Correcto —admitió el detective poniéndose en pie—. Procuraré que las mías sean menos tímidas y más productivas. ¿Alguna otra recomendación?

Vernon Taylor alzó los hombros.

—Creo haber cumplido con mi deber con la única que he formulado. De veras, Waldrip, no me gustaría verlo en aprietos.

Russell sonrió con sus azules ojos, un tanto socarrón.

—Tengo una especial predisposición para eludir los aprietos. En Nueva York, donde según dicen los detectives gozamos de infinitos privilegios, me he visto en serios aprietos. Y ya lo ve, aquí me tiene.

—Celebraré que no se eclipse su buena estrella, Waldrip —deseó el secretario, alzándose detrás de la mesa. Tendió la diestra a Russell, agregando—. Ya sabe dónde me tiene para todo cuanto me necesite...

Se estrecharon las manos.

—... Hasta para protección ilegal, amigo Russell.

El investigador rió cordialmente.

—No sería justo que un funcionario diplomático se diera de espaldas en una celda sueca.

También rió Taylor.

—Tendrían que contentarse expulsándome del país.

Russell alzó ambas manos como si pusiera al cielo por testigo.

—¡Oh, no, Taylor! Me remordería la conciencia el saberme causante del ocaso de su brillante carrera.

—Admiro su sentido del humor, Waldrip.

—Hace falta mucho, amigo Vernon para venir aquí en busca de una mocosa mal educada.

De nuevo se estrecharon sus diestras.

—Suerte, Russell.

—Puede que la necesite, Taylor.

CAPÍTULO III

«Hotel Reisen».
Skeppsbron, 12 y 14.
Stockholm.

Habitación ciento catorce.

Muy cómoda y arrellanadita habíase puesto ella en una de las butacas del *living* de la susodicha habitación.

Fumaba un aromático y mentolado «Paxton», indolente, cuando se abrió la puerta y penetró el atlético individuo.

Se miraron, cosa natural, sin que él, lo que también hubiese sido natural hiciese el más íntimo gesto de sorpresa.

De camino al mueble bar musitó:

—Voy a prepararme un *whisky*. ¿Cómo prefieres el tuyo..., con soda o sin?

Cruzó las bien formadas extremidades inferiores que la tímida y ceñida falda permitían contemplar con holgura.

—Seco, pesquisa.

Penélope Quincy puede que un tanto herida en su femenina sensibilidad por la forma deportiva con que Russell Waldrip encajaba su presencia allí, no pudo contenerse.

Dijo, con dolido acento:

—Yo te hubiera preguntado de inmediato qué hacías en mi cuarto.

El, volviéndose hacia la maravillosa hembra con un vaso alargado en cada mano, repuso:

—Me hubieras contestado que todo se debe a la casualidad. Te has alojado en este hotel, has visto mi nombre en el registro... No preguntando, me ahorro de llamarte mentirosilla.

Se puso en pie, lanzando hacia adelante su busto erguido, turgente cuyos blancos inicios se adivinaban por medio del escotado jersey.

Se encendieron sus negros ojos.

Preguntó, algo trémula su graciosa barbilla:

—¿Qué quieres decir?

Waldrip, sin responder, dejó los vasos sobre una mesita baja y estrecha.

De uno de los bolsillos de su deportivo «saco» extrajo un par de pasaportes.

Los tendió a la confusa periodista.

Penélope abrió uno y otro. En ambos la fotografía del mismo hombre. Idéntica nacionalidad, igual lugar y fecha de nacimiento. Sólo que el primero pertenecía a Russell Waldrip y el segundo a Blaine Sampson.

Parpadeó, más asombrada todavía.

—¿Entiendes ahora, princesa? —inquirió él burlonamente.

Tiró los pasaportes encima de la mesita.

—¡No!

—Pero..., ¿dónde está tu intuición femenina? De haberme dicho que habías leído mi nombre en el registro, yo te hubiese demostrado que ningún Russell Waldrip se hospeda en este hotel. Pero sí un Blaine Sampson. ¡Ah! Y hubiera añadido que abandonaste el «Motala» en Söderköping, que viajaste hasta Estocolmo en el mismo tren que yo y me seguiste para alojarte en el mismo hotel.

Penélope, fruncidas sus bonitas cejas, dibujado en su bello rostro un mohín de disgusto dejóse caer en la butaca sin preocuparse ni poco por cómo quedaba la falda.

Inquirió, alcanzando su *whisky* para ingerir un trago en el que ahogar su decepción:

—¿Lo sabías?

Russell también engulló una nada despreciable ración de licor.

—¡Princesa! ¿Crees que seguiría sosteniéndome sobre mis dos piernas de no saber intuir cuándo me siguen?

Ahuecó sus frutales labios.

—No..., bueno..., pero yo...

—Pero tú —la interrumpió él, acabando su *whisky*—, como todos

los que siguen a otro, te creías hacerlo con experta sagacidad. Sí, lo has hecho bien, princesa..., sólo ocurre que yo estaba seguro de que lo harías.

Penélope, tarde, corrigió el descuido de su estrecha falda. Pero procurando que él captara tal medida de recato.

—¡Me desconciertas! —exclamó.

Waldrip dio unos pasos hacia la butaca. Sentóse en el brazo, rodeó los frágiles hombros de la periodista, se inclinó para besar fugazmente la profusa cabellera azabache.

—Eres un encanto Penélope. Me gusta que estés aquí. Pero..., ¿quisiera saber por qué?

—Deseo ayudarte, pesquisa.

—Mi escepticismo me aconseja no creer en el altruismo de los humanos. Aunque se trate de un «humano» tan delicioso y agradable como tú..., ¿la verdad?

Suspiró profundamente la bella ojinegra.

—Tú ganas, Russell. Confieso mi egoísmo. Me interesa estar cerca de ti.

—¿Por qué?

—Puedes ser noticia. El motivo de tu venida a Estocolmo tiene cierta relación y paralelismo con la mía. Buscas a una chica que tratará de abrirse paso en ese mundo donde fue asesinada Laura Silveira.

—¿Sólo por eso?

—Me simpatizas, ¿a qué negarlo?

Se inclinó más.

Para besarla en los labios.

Y cuando los besos de Penélope Quincy eran en la intimidad... hacía falta escafandra de buceo autónomo para resistirlos.

O bien, tener unos pulmones como los de Russell.

Sus bocas se alejaron una de otra entre el ruidoso jadeo de sus respiraciones.

Pero a él no podía palparle deliciosamente lo que no tenía.

Penélope, sin embargo, era toda palpitación.

—Estar cerca de mí, princesa, puede ser un gran riesgo en dos sentidos.

—¿Uno...?

—Si me acostumbro al sabor de tus labios..., será difícil que me

desacostumbre. E inevitable que pida más.

Rió con cautivadora picardía.

—¿Dos...?

—Suelo llevar un dedo en el gatillo. Igual que los que están enfrente. Una bala perdida es fácil que alcance un blanco inocente.

—Correré los dos riegos, detective. ¿Me das otro *whisky*?

Un encanto. Un pozo de peligro desde la raíz de los cabellos hasta las uñas de los pies.

Le sirvió un segundo vaso.

—¿Atrevida... o testaruda?

—Caprichosa.

—Hay caprichos que cuestan muy caros, princesa.

Penélope apuró su *whisky*.

—Te he preparado un plan de acción, pesquisa.

Russell Waldrup soltó un par de sonoras carcajadas.

—¿De veras...?

Ella fingió enfadarse.

—¡Ríete todo lo que quieras! Mientras tú subías las escaleras del consulado, yo...

—Tú, ¿qué...?

—He corrido mis primeros pinitos detectivescos.

—Me tienes en ascuas, princesa.

—Sigue, sigue burlándote, «Maigret».

Russell la tomó por la barbilla en busca de un ósculo suave, casi tierno.

Lo obtuvo.

Generosamente.

—No me burlo, Penélope. Pero me resultas una graciosa ardillita.

—¿Sí...? ¡Qué romántico! ¿Te interesa saber lo que he averiguado?

—¿Y lo dudas?

—No..., pero quisiera saber cuándo hablas en serio y cuándo ironizas.

Los profundos y nítidos ojos azules buscaron con insistencia los de la bella periodista.

Pronunció él, con sincero acento:

—Hablo muy en serio, Penélope. ¿Qué has conseguido?

Abrió el coquetón bolso que tenía tras su espalda, en el fondo del asiento, sacando de él un bloc de apuntes con pautado taquigráfico.

Explicó:

—Laura Silveira llegó a Estocolmo un mes antes, aproximadamente, de ser asesinada. Entró en contacto con los tres promotores de espectáculos más importantes de la ciudad. ¡Qué coincidencia, Russell, los tres son americanos! Donald Keeley, Thomas Ciarlo y Don McCarty. Por lo visto, no le hicieron demasiado caso. Pero tanto insistió que, al fin, Ciarlo se dispuso a oírla cantar. ¡Ah!, lo que siempre ocurre, no le desagradó la chica. Le «daba» bien a las modernas estridencias. Y Thomas Ciarlo le consiguió un contrato para actuar en Chez

Ye-Ye.

Se presentó una semana antes de su muerte, acompañada por The Hysterics. Triunfo rotundo y clamoroso que se repitió un día tras otro.

Hizo una pausa, dándose un pequeño respiro.

Acució Russell:

—¿Qué más...?

—Le encontraron en su apartamento...

—Con una cuerda de guitarra enroscada al cuello y un disco de...

—¿Tienes prisa, «Maigret»?

Montó las cejas.

—Porque si no corres tanto te enterarás de algo que no sabes... y que yo tampoco sabía.

—Venga el enigma, princesa.

—Le anudaron la cuerda... *después de asesinarla.*

Russell, a su pesar, se sorprendió.

—¿Quieres explicarte mejor?

Penélope, satisfecha por haber despertado al fin el interés de su desconcertante compatriota, sonrió complacida.

—Si me dejas... —musitó. Agregando a renglón seguido—: La golpearon primero con el filo de una guitarra en la nuca. Luego quitaron la cuerda «prima» de aquella y se la enrollaron al cuello sin demasiada fuerza.

—¡Ya! Como un adorno. ¿Y por qué todo eso?

—¡Hum! Qué poca retentiva, investigador.

Rió Russell.

—Ya me acuerdo, princesa, ya me acuerdo. Porque cierto sindicato ha estipulado una contribución para todos los

«ye-ye»

que quieren actuar. Correcto. ¿Y qué tiene eso que ver con mi trabajo?

Penélope tiró el bloc en el aire con burlón alborozo.

—¡Nada! —exclamó—. Pero se me ha ocurrido pensar que como estás buscando a una muñeca que tiene ganas de bramar al compás de guitarras eléctricas..., podría ser que se negara a «tributar» y tuviese que decirle a papá Winslow que mande coronas y ramos de siemprevivas.

Russell quedó pensativo unos instantes. Varios surcos de preocupación aparecieron en la frente y comisura de los labios.

Todo aquello sonaba a muy cierto.

—Puede que tengas razón... —admitió lentamente—. ¿Algo más?

—¡Uhú!

Y se inclinó hacia el suelo para recoger el caído bloc — inclinación que debido a la estrechez de su falda verde, recortó cruel el molde escultórico de sus caderas, de...— corriendo veloz varias páginas.

Dijo, satisfecha:

—Tengo una lista de los «santuarios» más en boga, de las pagodas

«ye-yé»

de Estocolmo. Para encontrar a esa chica tienes que empezar por ahí. Además, como ya sabes, tengo los nombres y direcciones de los tres promotores de ese tipo de espectáculo. En el caso, muy probable, de que Sisely Thornton haya ido a ofrecerse a uno de ellos..., les habrá dejado su domicilio.

Tras un lapso de silencio, inquirió, burlona:

—¿Te parece mal mi trabajo, pesquisa?

—Me parece excelente, princesa.

Pero mucho más excelente fue el beso que clavó en la boca de Penélope.

De los que ella recibía y devolvía en la intimidad.

Unos besos muy peligrosos para dárselos a un hombre que decía acostumbrarse y ser exigente.

Un beso, es el principio para los exigentes.

Quizá ella lo adivinó al retirar, casi con precipitación, sus carnosos labios de los de él.

Tomando de nuevo el bloc, se puso a leer los nombres de los antros que tenían por escenario el juvenil, moderno e inadaptado desenfreno.

—¿Por cuál empezamos? —inquirió al fin.

Russell estiró los hombros.

—Tú eliges, princesa.

—Hum... —Torció la boquita—, pues creo que no sería mala idea comenzar por el que fue triunfo y tragedia de Laura Silveira. ¿Qué opinas, rubio?

—Me vale tu opinión, morena. ¿Cuál es tu apartamento?

Una carcajada suave, de música matriz, abrió los labios de la mujer mostrando alegremente la doble hilera de menudos y nacarinos dientes.

—Habitación ciento dieciséis. Por la derecha del pasillo... resulta ser contigua a ésta. ¡Ah! Pero me han asegurado que en este hotel no existen puertas indiscretas que comuniquen las habitaciones vecinas.

El detective, aflojando el nudo de la estridente corbata que sustituía su habitual pañuelo, musitó:

—Lo cual, dice muy poco en favor de esta pocilga.

Se burló provocativamente:

—Sufre..., mi precioso rubito.

Estaba de pie.

Y él se plantó frente a ella de un salto.

Rodeó su cintura de mimbre.

Besó su boca.

El ósculo fue haciéndose largo, prolongado...

Y Penélope Quincy no regresó a la habitación ciento dieciséis.

CAPÍTULO IV

Hornsgatan, 28.

Muy a orillas del Arsta Viken.

Curioso.

Se entraba por un cine de reestreno.

Más curioso aún.

A la derecha del pasillo central, que conducía al patio de butacas, en lo alto colgando del techo merced a unos hilos apenas visibles, aparecía una enorme flecha iluminada en la que habían dibujado un par de guitarras, la batería, un órgano electrónico y encima, con parpadeantes letras rojas: LO NUESTRO.

Para encontrar Lo Nuestro, obvio, debía seguirse la dirección de la flecha.

Que apuntaba hacia un corredor.

Después venían las escaleras que, dicho sea de paso, nunca se terminaban, y, por último...

¿Cómo se llama el fruto que da el ^oral?

Pues eso.

Por último, eso.

—¿Qué te parece, princesa? —inquirió Russell, despectivo—. Para que luego hablen de los americanos, que estamos por civilizar, y se jacten de los nórdicos y supercivilizados países europeos. Tienen un extraño concepto de la cultura aquí. Tranvías y autobuses sin cobrador, la gente sube y deposita el importe de su pasaje en una caja mecánica que entrega el cambio y el billete. ¡Ah! Eso sí, todos los ciudadanos, conscientes de la obligación que tienen de pagar el servicio que se les presta, no «olvidan» abonar su pasaje. ¡Esto es supercivilización! Y a esto, ¿cómo le llaman?

Penélope no respondió.

Pero, instintivamente, apretóse contra Russell.

El, sí sabía la respuesta.

¿Inadaptados?

¡Hatajo de golfos farsantes, degenerados, hez y podredumbre de una juventud corrompida de abajo arriba!

¡Basura!

Y éstos querían arreglar el mundo.

Ya estaba a la vista.

Bueno, alto, aquello solo era para mostrar su disconformidad.

Luego cogerían pancartas y se pasearían ante la Embajada americana pidiendo paz para Vietnam.

¡Y cuánto se preocupaban ellos por la paz vietnamita!

De buena gana la hubiera emprendido...

Sus ojos tropezaron con el cartel de grandes proporciones fijado en la pared de la izquierda junto a la entrada.

Una elementa con menos falda y algo de jersey, cabello a lo chico, pinta de drogada, en el momento de agitarse frenéticamente como una coctelera.

¡La sensacional Mirna Clayton!

Triunfadora en cien clubs de Chicago, según rezaba allí, actuaba aquella noche en compañía de los fabulosos The Hysterics.

Ya estaban dentro.

¡La rotura de frenos padre!

Vestir tenía allí dentro una importancia relativa. Lo mismo que enseñar. Contorsionarse, retorcerse, aullar, gesticular puercamente..., ¡eso era lo bueno!

El ámbito era sofocante.

La estancia, de proporciones rectangulares, hallábase atestada por una humanidad no excedente a los veintidós años, que convertía el lugar en un auténtico sanatorio para alineados.

¡Menuda bestialidad!

En la derecha estaba la barra. Un sucio mostrador de piedra donde se bebía de todo, se rompían botellas, se hacía lo que quería y se quitaba uno el jersey si estaba sudando.

O una.

Nada de mesas.

Mucho espacio para patear, agitarse, revolcarse en tierra si era

preciso.

El dogma del desenfreno nunca mejor asimilado.

Casi en el fondo, a la izquierda, el tablado. Sobre él, tres tipos con pelos hasta media espalda empuñando guitarras, otro a la batería, un cuarto al órgano electrónico, y ella, la del anuncio, la que se había comido Chicago crudo, delante del micrófono.

De repente.

La música saltó por los aires con una estridencia ofensiva y ensordecedora.

Ella, largó el primer bramido.

La conmoción en la sala, fue general.

Cada pareja buscó su lugar y allí empezó el deprimente espectáculo.

¡Oh, pobre *rock...*, desgraciado *twist*!

La fulana berreaba como toda una energúmena, con su voz aguardentosa:

¡Black is black want mi *baby* black!

It's grey...

It's grey...

Russell y la periodista estaban detenidos muy cerca de la entrada, porque prácticamente, era imposible dar un paso más.

La histeria rebasaba ya los límites humanos.

Contorsiones, gritos, jadeos, retorcimientos, cabelleras que oteaban desesperadamente de un lado a otro...

No se dio cuenta en el momento.

En el momento que una mano tiraba de Penélope, dándole un cachetazo en la cadera, dos, diciendo una voz áspera y burlona:

—¡Ven que yo te enseñe cómo has de moverte, pichón!

Un fulano de ojos mortecinos, labios finos y sin color, melenas onduladas a partir de la nuca, jersey deslucido, pantalones ajustados hasta la rodilla para terminar encima de los zapatos en un ancho acampanado.

La fenomenal barahúnda ahogó el grito de espanto lanzado por la preciosa periodista.

Russell reaccionó cuatro, cinco segundos después.

Cazó al melenudo por el cuello del jersey.

Le soltó un zurdazo en mitad de la boca que lo mandó cinco yardas por delante, sobre un grupo de pateadores, escupiendo sangre y un diente.

Un menda esquelético con pinta de nato degenerado se plantó frente al detective, mostrando una hoja de agudo acero.

Gritó de nuevo Penélope.

—¡Te «rajo» malnacido!

No había apenas espacio.

Pero Russell actuó.

Como él sabía.

En un escorzo diabólico escapó a la embestida del sádico «ye-yé».

Rompió otra vez de cintura para clavarle un golpe en la muñeca con el canto de la diestra.

Cayó la navaja.

Entonces se fue hacia él sacudiéndole un sonoro trallazo en la boca del estómago.

La subsiguiente patada en la cara cuando se agachaba como consecuencia del espasmo producido por el golpe anterior, lo envió a tierra derribando a dos frenéticos danzantes.

Como por ensalmo, cuatro marranos a los que aún se les caía el moco, hicieron intento de acorralar a Russell.

Penélope había colocado a su espalda.

—¡Eh, «chavas», ya tenemos diversión! —Tralló, escupiendo hacia Waldrip, el que parecía capitanear el grupo—. ¡Vamos a marcarlo para que guarde un buen recuerdo de nosotros!

En una fracción de segundo.

La «Magnum» pareció nacer en la diestra de Russell, y el primer disparo se llevó por delante uno de los platillos del batería de The Hysterics.

Black is black want my...

La voz aguardentosa de Mirna Clayton se truncó en pleno bramido.

Enmudecieron las guitarras.

Se detuvo al instante el desesperado pateo.

Y lo que había sido orgía desenfadada, bestial, atronadora, se redujo a un silencio espeso, tangible, tan agobiante como el griterío que le precediera.

Silencio de muerte.

Russell Waldrip soltó una carcajada que atronó la inmensa nave con su eco burlón.

Miró al grupo que tratara de «divertirse».

—Estoy esperando uno..., sólo uno. Un valiente que mueva un dedo, que pestañee. ¿Dónde estáis ahora, manada de imbéciles?

Posiblemente, otro que no hubiese demostrado la sangre fría de Russell Waldrip, hubiera sido atacado en tropel por aquella masa de bestias, por aquella degenerada jauría, pese a la pavonada automática.

—¡Me está temblando el dedo,
«ye-yé»!

¿No eres tú el que habías encontrado diversión para esta noche?
¡Anda, marrano, ven acá! Prueba a mirarme mal si de algo te sirven esos pantalones que llevas, y te garantizo que toda la mamarrachada que tienes detrás se acordará para siempre del color de tus tripas... ¡Anda, invertido! ¿Qué esperas?

Petrificados.

Así estaban todos.

Racionando el aire que respiraban.

—¡Fuera! —gritó Russell de repente—. ¡Largo de aquí!

Y sin que se percataran del momento en que había sucedido, otra automática brotó en la zurda del detective.

—¡Vosotros caeréis los primeros! —Abanicó a los cuatro «chulillos» con el ojo siniestro de las pistolas—. ¡Cinco segundos para que os larguéis!

No es para ser descrito.

Era para verlo.

Apartándose de la trayectoria de las armas que Russell empuñaba con resolución más que evidente, los cuatro aprendices de «matones» abandonaron el local antes de que se cumpliera el tercer segundo.

—¡Ahora vosotros, hatajo de borregos! ¡Tenéis diez segundos!
¡Tardad uno más... y os iré cosiendo como a perros rabiosos!

Aquello hubiese asombrado a la opinión mundial.

Un solo hombre.

Chez

Ye-Yé

se convirtió en fiel imagen del Sahara antes de que hubiesen pasado seis segundos del plazo fijado.

Penélope, mentalmente pasado el susto inicial, se prometió escribir un artículo cuyo enunciado encerraría entre veinte signos de admiración.

Sólo Mirna Clayton y los estupefactos The Histerycs permanecían allí, clavados los pies en la tarima.

El detective, pistolas por delante, dio unos pasos hacia el reducido tablado.

—La cosa también va con vosotros, quinteto de cafres.

Fue la estridente cantante quien se atrevió a replicar:

—¡De allí tenías que ser, cerdo!

Russell, rápido, le largó un golpe a los tobillos que la hizo saltar de la tarima al suelo.

—Debiera patearte, sucia golfa. ¡Lárgate a Chicago antes de que me tropiece tres veces contigo aquí!

Se levantó, arreglando aquel proyecto de falda que colgaba de su cintura, caminando hacia la salida.

Los cuatro melenudos, sin preocuparse de la «cacharrería», imitaron a Mirna Clayton.

El barman, que tenía más pinta de gamberro que de persona decente, mostraba una cara más lívida que un haz de cirios.

—¿Dónde está el dueño de ésta guarrería? —le preguntó Russell con voz despectiva.

Extendió el trémulo índice de la diestra hacia el final de la nave.

Allí, por una puertecilla que ocultaba el tablado, acababa de aparecer un tipo bajo, rechoncho, grasiento, de carnes macilentas, papada adiposa y descomunal abdomen que tenía una brillante y pelada cabeza.

—Yo soy —dijo, acercándose al detective para mirarle con sus porcinos ojillos que chispeaban esquirlas de ira—. ¿Con qué derecho asalta usted el local?

Por el acento, era italiano.

—Con el derecho que me otorgan estas simpáticas gemelas —repuso Russell fríamente, alzando las automáticas para enfundarlas

al mismo tiempo—. Está claro que por tu pinta de cerdo tienes que ser el dueño de esto.

Se congestionó el mantecoso rostro.

—¡Te meteré en la cárcel...! —Juntó los pulgares de ambas manos, llevándolos a la boca—. ¡Por éstas!

Russell, en un rapidísimo movimiento, le sacudió un «leñazo» en la repulsiva boca, inundándosela de sangre.

—Veo que me confundes, especie de guarro. Yo no soy de la «bofia» local, ¿sabes? He venido de Nueva York, viaje que ha contribuido a estimular mis desatados nervios. Mide la basura que sueltas por los «morros», porque te machaco a las primeras de cambio. Una tal Laura Silveira estuvo actuando aquí la semana antes de ser asesinada. Tuvo una muerte muy a lo «ye-yé».

Veo que la policía de acá te ha molestado poco, ¿verdad? Pero yo soy más curioso, ¿qué sabes del asunto?

El morcilludo propietario de Chez

Ye-yé

unió la palma de ambas manos como si fuera a rezar una oración.

Tartajeó:

—Yo..., ¡le juro que no sé nada! ¡Por mi madre que no sé nada!

—¿Qué hay del sindicato?

Tragó saliva con dificultad.

—Se..., se rumorea..., se dice —explicó incoherente—, pero..., pero no va con nosotros. Es... es a los artistas. Dicen que les hacen..., que les piden una cantidad...

—Y si no pagan, cuerda de guitarra al cuello, ¿eh?

—No..., no sé. Ellos..., ellos se niegan a decir nada. Es más, negaron a la policía la existencia de ese sindicato..., ¡se lo juro, se lo juro!

Russell Waldrip le miró con manifiesto hastío. ¡Bicho repugnante! Forrándose de «pasta» por los cuatro costados gracias al ruinoso tropel de inadaptados, de imbéciles degenerados.

Tratando de dominar los nervios, tipos como aquél le hubiesen llevado a cometer una barbaridad, hundió la diestra en el bolsillo interior del «saco» para extraer una fotografía en color y ampliada.

Se la metió al macilento y sudoroso individuo debajo de las narices.

—¿Has visto alguna vez a esta muchacha?

Se acercó aún más a la cartulina.

Y pareció que se sentía feliz al poder afirmar:

—¡Sí..., sí! La he visto. Hace un par de días. La trajo Mirna..., eso es, la trajo Mirna. No recuerdo su nombre..., pero sé que es americana y que deseaba cantar. Yo le dije...

Russell, con evidente nerviosismo, le atajó violento:

—¿Dónde vive Mirna?

Pensó unos segundos.

—Vive... —balbució—, sí, sí, ya recuerdo. Una pensión de la calle Strandvagen. Esto..., me parece creo que es el número treinta y seis.

Waldrip lo atrapó por las solapas de la mugrienta chaqueta.

Para zarandearlo en el aire y escupirle acercándole el rostro:

—¡Espero que no te hayas equivocado! Y que no me hayas mentido..., por tu bien, guarro, por tu bien.

Lo proyectó contra el tablado de un violento empujón.

Camino de la salida, se encaró con el pálido barman.

—¡Eh, idiota! ¿Qué miras tú?

Tembló visiblemente.

—Nada..., nada. ¡Le prometo que yo no he hecho nada! Solo..., sólo me encargo de las bebidas...

—Mejor así, ¡mamarracho!

Siguió adelante, cogiendo a Penélope de la muñeca y tirando de ella hacia la salida del local.

Ya en la calle, exclamó la periodista:

—¡Russell! ¡Aún no he logrado salir de mi asombro!

Sonrió él, como si nada hubiese ocurrido.

—Ya lo ves, princesa. No me gusta que golpeen lo que es de mi propiedad.

Penélope se acurrucó contra él.

—¿Celoso?

—Impulsivo.

—¿Podré...?

—¡No podrás! —la cortó tajante—, no podrás escribir una sola letra hasta que yo te lo diga. ¿Está claro?

Inclinando, sumisa, su azabache cabecita, murmuró:

—Sí, Russell.

El detective alzó la mano, deteniendo un taxi.

—Strandvagen, 36 —indicó al chófer, una vez acomodados.

Sacudió aquél la cabeza y el vehículo se puso en marcha.

Para que Penélope y Russell en la oscuridad del asiento trasero, unieran sus bocas hasta...

—Hemos llegado, pareja.

Lo dijo con sorna.

SEGUNDA PARTE

LOS CRIMENES

«Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad, pueda siempre valer al mismo tiempo como principio de una legislación universal».

Manuel Kant.

CAPÍTULO I

Strandvagen, 36.

Una pensión, sí.

Cinco empinadas escaleras ascendían desde la calle hasta la doble puerta de cristales.

Con visillos que un día fueron blancos.

Detrás, un reducido vestíbulo, desierto, en él comenzaba una escalinata de madera.

Por lo visto, había allí pocos huéspedes y se esperaban cienos.

—¡Russell! —exclamó la periodista en un susurro—. ¿No te extraña tanta soledad?

Se encogió de hombros.

—No me extraña nada.

De repente, cuando caminaban hacia los peldaños de madera, dejóse oír con toda estridencia una música atronadora.

—¡Eh! —soltó el detective, a la vez que tiraba de Penélope con brusquedad—. ¿No es eso de The Beatles?

Ella, casi tropezando, asintió:

—Creo que sí...

—Pues, entonces..., ¡hemos llegado tarde!

Penélope no comprendió momentáneamente el significado de la exclamación.

Russell la había soltado y corría como un gamo por el pasillo del primer rellano.

Hacia la puerta de donde salía la estridente música.

Entreabierta.

Acabó abriéndola de un empujón y se plantó en el interior.

El minúsculo apartamento estaba femeninamente ordenado.

Veíanse dos armarios-cama, uno de ellos dispuesto para dormir. Con su mesita de noche adyacente.

En el vértice izquierdo un pequeño mueble-bar con departamento para tocadiscos.

Lo vio en mirada fugaz.

Porque algo más importante centraba su atención.

La guitarra...

Mirna Clayton, tendida en tierra, al pie del armario-cama, con su corta falda que ahora parecía haberse encogido para mostrar unas piernas bien formadas, unos muslos sonrosados.

Fijos los ojos en el techo.

Muy abiertos.

Rodeando su cuello una cuerda de guitarra.

—¡Maldito sea! —masculló Russell cerrando los puños.

Asomó Penélope sus ojos negros cuando el detective se inclinaba sobre la yacente.

—¡Aaah!

Se volvió Russell.

—¡Cierra la boca, princesa!

Y cerró ambas manos en la garganta para dominar el siguiente grito que amenazaba con saltar de ella.

La expresión de su hermoso rostro era de vivo terror.

—¿Es... está muerta? —articuló.

Waldrip la miró de soslayo.

—¡Qué va! Es un ensayo para presentarse en Hollywood.

—No veo la necesidad de bromas macabras...

—Ni la de preguntas absurdas, periodista. ¡Anda, para ese maldito gramófono!

Lo hizo.

Mientras él extraía un par de finos guantes de gamuza del bolsillo trasero del pantalón enfundando sus manos en tilos.

Con infinito cuidado alzó la cabeza de Mirna examinando su nuca.

La devolvió a su inicial y siniestra postura.

—Mira, Russell.

Penélope mostraba la funda de un disco.

Sí, The Beatles.

—La pieza que había puesta —siguió la muchacha—, se titula

«*Twist and Shout*».

—¿Recuerdas si es la misma en el caso de Laura Silveira?

—No me ocupé de ese detalle, Russell.

—Veo que te falta oficio, «plumífera».

Y devolvió su atención al cadáver. A la guitarra.

Esta vez era la cuerda número seis, o sea, la última, la que habían anudado al cuello de la mujer.

Penélope dijo que a Laura le hablan enroscado la número uno. La «prima».

—¿Hay algo de particular, Russell?

—Puede...

Ella seguía curioseando.

—¡Eh, pesquisa! Observa esto.

Mostraba un marco de piel, dentro del cual estaba la foto de dos sonrientes mujeres. Tras ellas, cuatro melenudos con el correspondiente instrumental.

Una foto publicitaria.

Mirna Clayton y una tal Miryam Delbert. Ellos, ¿cómo no?, *The Hysterics*.

—Anota el nombre de esa Miryam... —murmuró Russell.

Y volvió de nuevo sus ojos al cadáver. Y a la guitarra con «rabo».

En aquel momento un hombre apareció en el umbral de la puerta. Le acompañaban otros dos, vestidos con significativos uniformes.

Dijo una frase en sueco. Penélope, con admirable serenidad, respondió. Y entonces el individuo se hizo entender en un inglés bastante correcto.

—Me llamo Curt Bergman.

Se presentó, al tiempo que acercándose a Russell le mostraba una credencial que venía a acreditarlo como algo así parecido a un teniente de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

—Americano, ¿es así? ¿Qué hacen ustedes aquí?

Russell manipuló el pañuelo que llevaba bajo la camisa; deportiva.

—Turismo, mi amigo —repuso con soma—. ¿Huele usted los crímenes?

Era alto, delgado, de ojos grises y mirada penetrante. Con su bien centrado sombrero.

—Cuando me llaman por teléfono, sí. ¿Cuál es su nombre?

—Blaine Sampson —mintió el detective—. Americano, eso ya lo sabe. Papeles en regla. De profesión, mis diversiones. Tengo un papá forrado de dólares, ¿entiende? Ella... —señaló a la periodista—, es Penélope Quincy. Quiere casarse conmigo..., ya sabe usted cómo son las mujeres, ¿verdad?

La hermosa muchacha de ojos negros tenía el rostro encendido como la grana.

—En cuanto a ésta —siguió el detective, señalando el cadáver por encima del hombro con el pulgar derecho—, era Mirna Clayton. Nos conocimos en Chicago..., ¡fabulosa! Llego a Estocolmo y me entero de que está aquí. No he podido resistir la tentación de venir a saludarla, pero..., pero no ha querido escucharme. ¿Es frecuente en este país el «numerito» de la cuerda de guitarra al cuello? ¡Ah!, recuerdo haber leído en los periódicos que una tal Laura..., ¡pero bueno!, como ahora la juventud saca unas modas tan raras. Divertidos chicos, ¿eh?

Curt Bergman, con imperturbable flema nórdica, escuchó la burlona perorata del falso Blaine.

Y se disparó con la pregunta que menos podía esperar el otro:

—¿Por qué lleva esos guantes puestos, míster Sampson?

Enarcó las cejas.

—¿Eh...? ¿Los guantes? ¡Oh, claro! Puro hábito, amigo.

Soy elegante por naturaleza: O... ¿acaso es delito llevar guantes?

El policía, enjuto, estiradas sus facciones, repuso pausadamente:

—Cuando se encuentra un hombre enguantado en las cercanías de un cadáver... —sonrió heladamente—, puede ser delito el llevar guantes.

Russell Waldrip —en funciones de Blaine Sampson—, rió con ganas.

—Si se trata de una acusación, teniente, o lo que sea, se verá en dificultades para probarla. Y lamento decirle que no, no, no... no lo conseguirá. ¿Hace mucho que ha recibido esa llamada?

Miró el reloj.

—Unos diez minutos...

—Lo que demuestra que el asesino se tomó la molestia de llamarle antes de cometer el crimen. ¡Ah!, ¿por casualidad es usted quien investiga el caso de Laura Silveira?

Asintió el otro.

—Sí... ¿por qué?

—Por nada. Se me ha ocurrido pensar que el asesino «ye-yé», sabiendo que es usted el encargado de los crímenes modernos... no ha querido molestar a otro colega.

—Oiga, míster Sampson, creo que estoy siendo en exceso paciente y demasiado tolerante...

—¿Fue usted quien llegó a la brillante conclusión de que Laura Silveira había sido golpeada con el filo de la guitarra antes de que le anudaran la cuerda? —atajó el detective, haciendo caso omiso de las palabras del otro.

El oficial Bergman, pese a su flema, a su ética profesional, sus cursos de sicología y trato con el ser humano, vióse ampliamente desconcertado por aquel individuo de hábiles maneras y fácil locuacidad.

Sin darse cuenta, respondió:

—Sí... Yo llegué a esa conclusión. ¡Pero qué se ha...!

—No me he creído nada, amigo —se le anticipó Russell una vez más—. ¿Me permite una orientación? Sí, por supuesto. Bien. Le diré entonces, que ni a Laura Silveira ni a Mirna Clayton, les han dado ese... «golpe musical». Ahora, después de examinar a ésta... —Se refirió a Mirna—, me atrevería a jurar que le han propinado un golpe mortal y seco de cierta técnica de lucha japonesa llamada karate, debajo de la nuca. Acto seguido..., enroscamiento de cuerdecita. No se ha parado a pensar, amigo, en lo difícil que resulta empuñar una guitarra por el mástil y golpear a un ser bajo la nuca, con el canto precisamente, acertando a la primera. Muy difícil. Y se supone lo que ocurrirá si falla el primer golpe, ¿no? La víctima intentará defenderse..., ¿hay señales de lucha aquí? ¿Las había en el apartamento de Laura Silveira? No. Entonces, hágame caso. No hay muchos karates, busque por ahí. ¡Ah!, y no descuide un detalle. A Laura le enroscaron la cuerda número cinco, a Mirna ha sido la seis, ¿por qué? Lo siento, amigo, tampoco yo lo sé. Pero le prometo pensar en ello..., tiene mi palabra. Y ahora, ¿nos necesita para algo? ¿Se nos acusa de algo?

Curt Bergman, estupefacto, trató de no perder su compostura.

—Pues..., creo..., no, no. De momento nada hay contra

ustedes...

—Lo celebro, amigo. ¿Quiere ver nuestros pasaportes?

Dijo que sí.

Penélope mostró el suyo, y Russell el de Blaine Sampson.

El policía tomó nota del hotel donde se alojaban.

—Si han de abandonar el país..., les ruego me vean antes. Los llamaré si necesito su declaración.

Russell hizo un gesto tan exagerado como burlón.

—¡Pero...! ¡Naturalmente, «coronel»! Estaremos a su disposición para lo que usted necesite. Nuestro alto concepto del civismo, la libertad, los derechos ciudadanos..., en fin, que no le regateamos nada a la «bofia».

Tendió su brazo a Penélope.

—¿Nos vamos, querida? Saluda a los señores... —Y él, con tres sarcásticas inclinaciones, sonrió—: ¡Buenas noches, caballeros! Les deseo un feliz descanso.

Salieron de la habitación.

Penélope, quizá más aturdida que el policía Bergman, dijo al llegar a la calle:

—¡Rubio! Ahora comprendo por qué mis colegas de Nueva York han escrito lo que han...

—¡Bah! —despreció él—. No hagas caso de eso. El periodista es el moderno fariseo, el sepulcro blanqueado, el tipo falso que se vendería a su padre por medio dólar...

Penélope, hecha un basilisco, rugió:

—¡Russell! ¡No te consiento...!

—Calma, princesa, calma. Hablaba en masculino. De la misma profesión trasladada al sexo opuesto..., tengo formada una teoría muy distinta. Además, luego de conocerte a ti..., ¿le das un besito al «abuelo»?

—¡Cínico!

Pero le dio el beso. En mitad de la boca, en medio de la desierta calle, con entera vehemencia...

—Lo ves, morena. ¿Cuándo un periodista puede hacerme así de feliz?

—Eres...

No era necesario que en ciertos hoteles existieran puertas indiscretas que comunicaran habitaciones vecinas. ¿Para qué...?

CAPÍTULO II

Sonó el teléfono.

—¿Sí...? —Llevóse el auricular al oído con desgana—. ¿Quién habla?

Un fugaz silencio.

—¿Míster Russell Waldrip? —preguntaron.

—¡Bah! Se cuela, hermano.

Insistieron:

—¿Míster Blaine Sampson?

—Acierta, amigo Taylor. ¿Qué tal su secretariado?

La voz risueña, como lo sería su rostro en aquel momento, de Vernon Taylor, llegó hasta el soñoliento Waldrip con burlón matiz:

—Debió decirme que llevaba un pasaporte para cada día de la semana, Russell.

—¡Oh, sí! Se me olvidó. Soy muy despistado, Taylor. ¿Qué se le ofrece a tan temprana hora del día?

Una fugaz carcajada.

—Interesarme por su salud, míster..., ¿qué nombre toca hoy? He recibido un comunicado del oficial de la policía sueca Curt Bergman, interesándose por un súbdito americano..., ayer Blaine Sampson. No sé por qué se me ha ocurrido relacionarlo con el detective Waldrip...

—¡A eso le llamo yo asociación de ideas! ¿Qué más?

—Nada, nada. Querían informes, acerca de tal Sampson. Aunque «oficialmente» no le conozco, les he leído un *currículum vitae* excelente. ¡Ah! ¿Sabe que Bergman todavía no lo relaciona con el «vaciador» de Chez

Ye-Yé?

Cuídese, míster..., el nombre que corresponda. Esta juventud...

—No sufra, mi querido secretario. En cuanto les abra un ojal a la altura del ombligo a un par de ellos..., ¡verá cómo les calmo su disconformismo

«ye-yé»!

Percibió un profundo suspiro.

—Piénselo antes de darle al gatillo, detective. ¡Ah! Se me olvidaba. El amigo Bergman todavía está asombrado de sus fabulosas dotes deductivas. Anda buscando todos los karates de Estocolmo y consultando a los expertos en guitarra sobre cuerdas y yo qué sé más...

—Le conviene, le conviene..., como imagino que no tiene más que decirme, ¡good *morning*!

Colgó secamente.

Por los aledaños desperezábanse un par de fabulosas piernas y unos pies menudos jugaban con un diminuto, transparente e íntimo pedazo de nylon.

Unos cabellos desordenados, azabaches, caían por el rostro y la almohada.

Más tarde se oyó el furioso chapoteo de la ducha.

Después, un hombre rubio y una mujer morena hicieron acto de presencia en el comedor del hotel.

Desayunaron.

—Era el secretario del cónsul, ¿no?

—Correcto, princesa.

—¿Qué quiere?

—Me simpatiza. Sé que trata de ayudarme, porque tiene algo de temor...

—Russell —no le dejó terminar—, ¿y hoy?

La miró con una sonrisa.

—Tenemos trabajo, morena. Necesito una relación de gimnasios o escuelas donde se practique el karate. No creo que hayan muchos. Localiza a la tal Miryam Delbert. Sí, sí, la que estaba en la foto. Lugar donde actúa, domicilio, etc.

—¿Alguna hipótesis?

Russell prendió un pitillo luego de haber encendido el de Penélope.

Se alzaron sobre la redonda mesa varias columnitas de humo azul y oloroso.

—Te dije, princesa —habló él—, que no sigo la escuela de Sherlock. Huyo de las hipótesis. No sirven más que para calentarse la cabeza y para que, al fin, todo sea distinto de como uno lo imaginaba en teoría.

Penélope expulsó graciosas fuentes de humo por su naricita picaresca.

—Al menos, una opinión.

—Correcto, morena. Ya sabes lo del karate. Oíste mi explicación. Se me escapa lo de las cuerdas, pero presiento que tiene un especialísimo significado. Hay otra cosa..., ese sindicato. De acuerdo en que la juventud de aquí está podrida. Pero ese sistema de explotarlos..., si es cierto, no tiene nada de sueco. Y sí un marcado cariz made in USA.

—¿Quieres decir...?

—Que existen tres promotores de espectáculos, los más importantes, terceto que casualmente resulta ser todo Tío Sam. Hoy giraré las oportunas visitas. Mi objetivo fundamental es saber a través de ellos si la mocosa Sisely anda ofreciéndose..., pero no te niego que eso de los asesinatos empieza a interesarme. ¿Sabes qué estoy pensando?

—Pues..., no.

Russell entornó los párpados.

—Según el marrano propietaria de Chez Ye-Yé,

ese misterioso sindicato sólo trata de explotar a los..., les diré artistas. Creo que quizá The Hysteries nos puedan decir si ellos pagan la... «cuota». Averigua también sus domicilios.

—O. K., jefe.

Russell, luego de anotar las direcciones de los tres empresarios, se puso en pie.

—¿Nos veremos a la hora de comer, princesa?

—¿De acuerdo? ¿Y si alguno de los dos estamos ocupados?

Fingió meditar profundamente.

—¿Fue Edison...?

Penélope Quincy arqueó sus depiladas cejas.

—¿Qué quieres decir?

Russell mostró la palma de sus manos:

—¡Oh, nada! Tonterías. Que no me acuerdo de quién inventó el

teléfono...

Ella soltó una de sus argentinas carcajadas.

—Eres único, rubio. De acuerdo...

Se levantó también.

Hubo un testigo.

El camarero se impuso de cómo los americanos dejaban respirar sin morirse ni nada.

—Hasta luego, princesa.

—Suerte, amor.

CAPÍTULO III

Estocolmo es una capital encantadora.

Sus edificios modernos, atrevidos, colindan eh gracioso contraste con las típicas construcciones nórdicas, de sabor hogareño, de ámbito íntimo y atractivo.

Las calles, separadas en bloques por las aguas azules de los canales y lagos, cobran un sabor casi exótico que, si se cierran los ojos, traen el recuerdo de una Venecia fría, distinta, pero llena de azules matices.

Los parques, con su tupido verdor, con sus altos árboles y frondosos arbustos, con el bien cuidado césped y los cuadros de flores con su múltiple y vivo colorido, son una nota más de encanto.

Luego, en Estocolmo, abundan también muchas suecas que están aceptables, que están como quieres, visten como les da la realísima gana y desprecian el frío en deportivo alarde.

Un hombre como Russell Waldrip es mirado con atención, se le guiña un ojo con intención..., y se le dice que el marido no vuelve hasta la noche.

Se la vie..., cherchez la femme..., al menos, eso se dice por Francia.

Russell, muy recatado él, no escuchó algunas de las proposiciones, pero lamentó muy de veras no poder atender las invitaciones.

Uno, se entiende y baila solo.

Hacía buen sol. Y era agradable pasear.

Erik Dahlbergs estaba al norte de la ciudad y corría paralela a un simpático parque por el que jugueteaban los futuros

«ye-yé»

en agraz.

El número dieciocho correspondía a una planta baja, y la entrada se obtenía luego de salvar una puerta de marronácea tonalidad.

Un pasillo.

Y al fondo, la mesa metálica de oficina, la máquina de escribir y la correspondiente administrativa que le daba a las teclas con auténtico furor.

Se plantó frente a ella.

Una trigüeña de buen aspecto, con ojos de sorprendente almendra, boca golosa, y unos apéndices pulmonares dignos de mejor suerte.

—¿Míster Donald Keeley?

Vio la trigüeña cabellera al tiempo que se alzaban los ojos almendrados en busca del bien plantado rubiales.

—¿Tiene hora?

Russell consultó el reloj.

—Las diez y diez, ¿le sirve?

Rió ella coquetamente.

—Si me ha entendido —murmuró con voz musical—, es que se burla. Me refiero a si tiene hora concertada con míster Keeley.

Fingió sorpresa.

—¡Oh, claro! Pues no, preciosa. Olvidé ese detalle.

Se encogió ella de hombros, lo que ahuecó el escote de padre y muy señor mío.

—Lo siento..., tendrá usted que telefonar...

Russell Waldrip agitó el índice de la diestra en el aire, componiendo un elocuente gesto.

—Yo también lo siento, cariño. Tengo que ver a mi paisano urgentemente. Y antes de que empiece a ponerme nervioso, ¿sabes?

Se mostró tozudita.

—¡Ahora es imposible! Está muy ocupado y...

Y el detective no la oía porque ya doblaba el recodo internándose por el pasillo contiguo.

Salió ella corriendo tras el hombre y consiguió atraparle por la manga.

—¡Eh! Le acabo de decir...

Se volvió, la ciñó por la cintura, la besó.

—Vuelve a tu sitio, mecanógrafa.

—¡Oh...! —Ahuecó su deliciosa boquita pasando dos dedos sobre ella.

Russell se plantó frente a la puerta donde un cartelito indicaba que el menda Keeley estaba dentro.

Abrió con maneras poco ortodoxas.

La pelirroja que estaba dando vueltecitas se quedó de piedra.

Para correr en busca de aquella serie de prendas que, según las reglas de la decencia, debían llevar puestas en su lugar correspondiente en público, señora y señoritas.

Mientras se sujetaba a esos preceptos, Waldrip aprobó con la mirada.

No así el tipo que se encontraba al otro lado de la mesa.

Mediana estatura, fornido, rostro de facciones hoscas, cejas velludas, ojos castaños, boca de labios repulsivos y poco pelo en la azotea.

—¿Quién diablos es usted? ¡Lárguese ahora mismo, imbécil!

Russell, primero, sonrió.

Y frente a la mesa en una zancada, sentó al irascible empresario de un rotundo zurdazo en pleno rostro.

—Más respeto, Keeley, más respeto. ¿Ya has perdido las buenas normas de tu pueblo?

La pelirroja se largó con sonoro portazo.

—Esto... esto no es América —articuló Donald Keeley, limpiándose el hilillo de sangre que corría por la comisura de sus labios—. Me quejaré...

—Sí, hombre, sí —recitó el detective, sentándose al otro lado—. Te quejarás a las autoridades. En Suecia no se puede avasallar impunemente a un honrado súbdito del Tío Sam. Lo sé, lo sé, paisano. Pero como te vayas de una letra..., mandarás tus quejas desde un hospital, ¿me explico bien?

Keeley evidenció que no las tenía todas.

—¿Qué... qué desea?

Rió el detective.

—No. Confieso que no sé tocar la guitarra, que canto muy mal..., y que no puedo enseñar lo mismo que esa que se ha largado. Yo, curioso, eso sí, estoy aquí solo para charlar contigo. ¿Abrimos nuestro amigable diálogo? Di que sí, empresario. La negativa es sinónimo de fractura nasal, caída de muelas y clínica de urgencia.

¿Qué te cuentas de una niña llamada Sisely Thornton?

Le puso la fotografía encima de la mesa, donde se amontonaban infinidad de papeles.

Donald Keeley la miró atentamente.

—No..., no he visto nunca a esa muchacha.

—Se relaciona con la fallecida Mima Clayton. Si, si, otro caso de guitarra y cuerda al cuello. Supongo que lo habrán insertado en los periódicos matinales.

El empresario, en cuya arrugada frente brillaban unas gotas de sudor, trató de aparentar serenidad.

—Le repito que no he visto a esa muchacha. En cuanto a Mirna..., sí, he leído su muerte. Pero ella no tuvo que ver conmigo. Traté con McCarty.

Russell Waldrip movió la cabeza de abajo arriba.

—¡Ya! Me imagino que estás seguro de lo que «garlas» ¿verdad? Asintió contundente:

—Sí..., sí, claro. Por supuesto.

—¿Qué hay del tal sindicato de explotación «ye-yé»?

Hizo un gesto ambiguo.

—Nada, nada concreto. Se dice que les obligan a pagar. Pero eso no va conmigo. No puedo hablar de lo que ignoro.

—Resulta ser —dijo con lenta animosidad el detective— que los tres promotores de espectáculos modernos de Estocolmo son americanos. De América, ¿me sigues? Y resulta ser que eso de los sindicatos es una especialidad de los americanos. De América, ¿me entiendes? Si los americanos de América están metidos en el «ajo», te garantizo, paisano, que los americanos lo van a pasar bastante peor que en América. Y ahora, con tu permiso, me largo al cubil de McCarty. Si te has equivocado..., nos veremos. Y mi próxima visita, palabra, le sentará muy mal a tu físico..., empresario.

Le dio una palmada sonora en la frente, al tiempo que recogía la foto de Sisely largándose del despacho.

No bien hubo salido, Donald Keeley se colgó del teléfono, marcando un número con dedo nervioso.

CAPÍTULO IV

Éste tenía secretario.

—¿Ronda por estas latitudes un tipo llamado Don McCarty?

Estirado, escuálido, rostro mortecino, maneras de profesional del gatillo.

No de secretario.

—Aquí tiene su despacho el señor McCarty —repuso con voz metálica—. ¿No te enseñó modales tu padre? ¿O es que no lo conociste?

Russell entrecerró los párpados.

—Sí..., sí lo conocí. Creo que tuvo algo que ver con tu madre.

Voló la mano del canijo hacia el sobaco.

Waldrip le atizó un golpe en mitad del pecho, tirándolo contra la pared.

De rebote, lo «cazó» con un gancho al mentón, que le hizo girar como una peonza y desplomarse de bruces en tierra.

K. O.

Sacudiéndose unas hipotéticas motas de polvo de su deportiva chaqueta color *beige*, Russell echó corredor adelante.

—¡Eh, tú! ¿Buscas algo?

Otro. Del peso pesado.

Con trazas de Cassius Clay.

Y nariz con evidencias de haber pisado un cuadrilátero.

—Pues, mira, gorila, resulta que andaba buscando al amigo Don, y uno que está por ahí afuera me ha dicho...

—Yo te diré el resto, príncipe azul. Me hueles a pesquisa, ¿sabe? Y es el olor más repugnante que menos tolera mi estómago.

Habíase acercado.

—Lo siento, gorila.

Y cuando el ex púgil, con una siniestra sonrisa en la boca, se preparaba los puños para incrustarlos en la cara de Russell, se le borró de inmediato al ver la negra «Magnum» que en décimas de segundo había aparecido en la diestra del otro.

Retrocedió un paso.

—Tira millas, mamut. Por menos de un pitillo te dejo «fiambre». De frente al agujero de Don. Sin jugarretas, ¿eh? El gatillo es lo mío, marrano. Recuérdalo por el camino.

Con las manos en lugar bien visible, el peso pesado inició el recorrido con el cañón de la automática cerca de los riñones.

Un pasillo corto.

Vuelta a la izquierda.

—Es esa puerta.

—Ya leo el letrero,

bull-dog.

Ábrela.

Obedeció.

Dentro, tres melenudos, guitarra en ristre, y una desvergonzada, que dos días atrás aún tomaba papillas, berreaban al unísono:

Amarillo el submarino es, amarillo es, amarillo es.

Amarillo el submarino es...

—Si no nos callamos, el submarino va a ser negro como un ataúd. ¡Largo, imbéciles!

Se quedaron fríos.

Pero la pistola, y el recuerdo de un rumor que circulaba desde la noche pasada acerca de un individuo que había «vaciado» Chez-Ye-Yé, les hizo ahuecar el ala, instrumental a las costillas.

Russell, acto seguido, le arreó un bestial culatazo en la nuca al émulo de Joe Luis.

Se dobló sobre sus piernas acabando de plegarse en el suelo como un acordeón.

—¡Hola, McCarty! ¿Qué te cuentas, «viejo»?

Para contar algo hubiese necesitado el suficiente aire, que no tenía en aquel momento, para transformarlo en palabras.

Era casi de la misma estatura que Russell, pero bastante más

delgado. Albino. De cejas blancas. Traía puestas unas gafas de montura dorada con gruesos cristales.

No se había movido de su asiento, clavados los ojos en el rostro burlón y sonriente del fulano que empuñaba la automática.

Russell la devolvió a su funda axilar.

—Con tu permiso, ¿eh?

Arrastró una silla hasta cerca de la pesada mesa de nogal tras la que McCarty seguía inmóvil.

—Ya veo que el amigo Donald te ha llamado por teléfono. ¡Cuidado, Don! Viene para acá un tipo peligroso que hace muchas preguntas. Prepárale un buen recibimiento. Creo que es el mismo que actuó pistola por delante en Chez

Ye-Yé...

—soltó una risita seca—. ¿Te ha dicho eso el bueno de Keeley? Y tú, más bueno todavía, le has preparado un estupendo recibimiento al «abuelo». ¡Vaya, vaya, vaya! Pero..., ¿no me dices nada? ¡Y qué tímido eres, Don!

Inesperadamente, con el derecho y revés de la zurda, Russell abofeteó con violencia el rostro del empresario.

Las gafas volaron por los aires.

—Te ves mejor sin antiparras, paisano. ¿Qué me cuentas de una tal Sisely Thornton?

Tragó saliva. A tientas, abrió uno de los cajones. Russell sabía lo que buscaba y no se inmutó.

Otras gafas.

—Eso... —soltó al fin con odio concentrado— eso lo has de pagar muy caro, ¡pesquisa!

Waldrip enarcó las cejas.

—¡Ah!, ¿sabes mi profesión? ¿Quién ha sido el indiscreto...?

Don McCarty se caló la montura contra la nariz, rezongando:

—Lo he supuesto..., por lo que Keeley me ha dicho.

Russell ensayó uno —de entre la variada gama que poseía— de sus burlones gestos.

—¡Ah, ya! Lo que decíamos. El bueno de Donald te ha llamado. Bien, amigo Don, bien. ¿Sabes...? Ayer estuve en un lugar llamado Chez

Ye-Yé,

y el muy cerdo del propietario me dijo que Mirna Clayton le

presentó a una chica llamada Sisely que deseaba cantar. Resulta que Mima, que en paz descanse, según dice tu colega Donald Keeley, trató contigo. Imagino, pues, que le buscaste trabajo en Chez Ye-Yé.

De todo eso, deduzco que Mirna también te trajo aquí a Sisely Thornton...

Echó la foto encima de la mesa.

—... Ahí la tienes. ¿Qué sabes de ella?

Don McCarty se metió la cartulina pegada al espeso cristal de sus gafas.

—Sí... —musitó al fin—, esa chica ha estado aquí. Y la trajo Mirna. No canta mal, desde luego. Pero me fue imposible proporcionarle local.

—¿Domicilio?

—No me habló de eso.

Russell, extrajo de nuevo su «Magnum» para jugar a distraídamente con ella.

—¿Sabes una cosa, Don? —Pareció preguntarse a sí mismo—. Para ser promotor de espectáculos tienes un sistema de protección «particular» que huele a Chicago. ¿Por qué? —agregó, señalando al que seguía tendido en tierra—: ¿Para qué empleas a esos tipos? No tienen pinta de chicos «ye-yé»...

Me estoy preguntando si serán recaudadores de ese sindicato que «exprime» a los modernos cantantes y guitarreros, ¿es así, Don?

Una mueca de pánico asomó a sus huesudas facciones.

—¡No! —Casi gritó.

Waldrip le metió el cañón de la automática a un centímetro de la nariz. Retirándola con igual rapidez, soltó una estentórea carcajada.

—Bueno, «viejo», no te enfades por eso. Pero, al menos, dime lo que sepas del sindicato.

Se humedeció los labios atisbando la punta de la lengua.

—Nada..., palabra que nada. Sólo rumores, habladurías. Nosotros no tenemos que ver en eso...

—¿«Nosotros»..., Don?

—Me... me refiero a Donald, Thomas y a mí. Somos norteamericanos y eso nos hace sospechosos. Ese medio de

extorsión es común y corriente allá. Lo sé. Pero le juro que nada tenemos que ver con eso..., y menos con los crímenes.

Russell guardó la «Magnum».

—Bien, bien, bien. La verdad, «viejo», es que ni Keeley ni tú me habéis acabado de convencer. Momentáneamente..., he de dar por buenas vuestras explicaciones. Pero si os pilló en falso, aunque esto sea Suecia, tened la seguridad de que os abriré sendos y redondos agujeros en la tripa. He venido en busca de esa tal Sisely..., pero las cosas se complican. Y las cosas complicadas, son mi debilidad. Procura... —Su voz sonó preñada de letal amenaza—, procurad los tres, que a esa mocosa que ando buscando no le hagan ni un rasguño. Porque si eso llega a suceder, tengáis o no relación con el sindicato, me llevaré tres esquelas de tres americanos que han montado en Suecia su «mini-Chicago». ¿Me has oído bien, Don?

Asintió, evidentemente impresionado. Y preguntó con timidez:

—¿Puedo..., puedo localizarlo en alguna parte? Lo digo por si se presentara otra vez esa muchacha.

Russell sonrió de un modo extraño.

—Por supuesto, McCarty. Así me gusta, que te intereses por los problemas ajenos. Toma nota, Blaine Sampson..., hotel Reisen Skeppsbron, 12 y 14. Habitación ciento catorce No se te olvidará avisarme suponiendo que la veas, ¿cierto, Don?

Dio un rotundo cabezazo.

—No... le garantizo que le avisaré..., incluso procuraré entretenerla si usted...

—No seas tan amable, McCarty. Tanta reverencia me «mosquea». ¡Ah! Por tu integridad y la de tus perros de presa, haz lo posible para que no vuelva a tropezarme ninguno. Esta vez me he contentado dejándolos fuera de combate. La próxima..., los dejaré fuera del mundo. ¡Va contigo también, Don McCarty!

Dicho esto, tras dirigirle una mirada fría, abandonó el lugar con parsimonia y tranquilidad.

Por el pasillo, se cruzó con el canijo que le había «recibido». Se pegó a la pared corriendo lejos del posible alcance de Russell.

El detective lanzó una carcajada burlona.

De allí se fue directo al agujero del último de los fomentadores del gamberrismo juvenil, según las señas que le había facilitado Penélope.

Thomas Ciarlo había salido.

Russell, luego de propinarle a la «secre» unas palmaditas cariñosas, se aseguró a su manera de que era verdad.

En efecto, el pájaro no estaba.

Y la «secre», que recibió más palmadas con un suspiro de satisfacción, dijo no saber a qué hora regresaría su jefe.

Russell, en vista del éxito, decidió largarse al hotel para saber el resultado de las investigaciones de su improvisada y estupenda compañera.

Compañera..., de todo.

CAPÍTULO V

Vio las piernas cruzadas.

Suficiente para conocer a la propietaria.

—¡Hola, princesa!

—¿Qué tal, «Sherlock»?

—Ssé..., regularcillo. ¿Qué hay de tu información?

Se desperezó como una gatita.

Y entre sus brazos estirados cayó la rubia cabeza de Russell y la boca que buscaba otra boca.

Eso es un beso.

—¿Por dónde empiezo, Russell?

Se dejó caer en la vecina butaca.

—Por donde quieras.

Buscó su bloc de notas.

—Un solo gimnasio —empezó—, donde se enseña karate. Profesor y sólo tres alumnos. Todos emplean pseudónimos japoneses, pero ninguno de ellos lo es: Hiromi Nishimura, Shikao Takeuchi y Kazuo Yoshikawa. El gimnasio se ubica en el 116 de la calle Narvavagen. El policía que encontrarnos ayer en el cuarto de la desgraciada Mirna, ronda por ese lugar como un perro detrás de su hueso. ¡Te ha hecho caso!

—Así se hará un buen policía, princesa. Siguiendo las instrucciones de los que saben más. Te escucho...

Ella sacudió unas motas de su jersey encima de las otras motas.

Sonrió, acto seguido, peligrosa y cautivadoramente.

—Miryam Delbert —anunció—. Una verdadera chica
ye-yé,

según referencias. No he conseguido su domicilio. Pero sí el local donde actúa. Thunder Club. Norrbackagath, 42.

—¿The Hysterics?

—Voy, don impaciencias, voy. Se llaman: Tom, Noli, Mick, Pat y Bob. Dos de ellos, Noli y Pat, viven juntos. Tengo su domicilio. Lövholmsvägen, 21. Será suficiente, ¿no? Si te interesan los otros, podrás saber dónde viven por éstos.

—Bastará charlar con esos dos, princesa.

—¿Qué hay de tus progresos, detective?

Se explicó él.

—¿Y opinas...? —inquirió Penélope al término de sus palabras.

—Que los tres promotores están de lleno en el ajo. Que los dos que he visto, por lo menos, esperaban mi visita. Que saben quién soy. Lo cual me está llevando a la conclusión de que ellos sólo actúan de cabezas visibles.

—¡Vaya! —exclamó la morenaza—. Con un jefe misterioso y todo, ¿eh?

Asintió, con una sonrisa:

—Si, ya sé, de novela. Pero cierto. Esos tipos, al menos Donald y Don, no son lo suficiente inteligentes para organizar un negocio así. Existe un alguien..., ¡bueno, dejémonos de cábalas! Tengo por donde seguir la pista de algo que, en verdad, poco debiera incumbirme. Sin embargo, de Sisely...

—Mirna era amiga de Miryam, Sisely de Mirna... ¿porqué no de Miryam también? Quizá esta noche encuentre la pista..., o a la propia Sisely.

—Sería lo mejor que podría sucederme. De todas formas, pienso visitar a esos melenudos. Por la tarde, sí. ¿Vamos a rellenar el estómago, princesa?

—Sí, rubio. El mío ya lleva un rato dando gritos.

Bajaron al comedor.

Una vez cumplidas las ineludibles funciones gastronómicas, mientras tomaban café y consumían unos cigarrillos, preguntó la mujer:

—¿Debo hacer algo más, Russell?

Meditó la respuesta unos segundos, mientras observaba distraídamente las caprichosas volutas que el humo componía en el aire.

Apuró luego un sorbo de café.

Dijo, despacio:

—Si fueses una chica prudente...

Aplastó su cigarrillo, mirando el rostro de él con avidez.

—¿Qué, Russell? —inquirió vehemente. Agregando—: Te prometo ser cauta, prudente..., ¿no lo he hecho bien hasta ahora?

Le sonrió, al tiempo que acariciaba una de sus tersas mejillas.

—Sí, princesa. Apuntas condiciones. Pero... esto me parece cada vez más peligroso. Hay dos crímenes de por medio. No quiero arriesgar tu vida.

La carita de Penélope se tornó suplicante.

—Cariño..., necesito serte útil con algo más que mis encantos. Quiero que me veas mujer y...

—De acuerdo, princesa —accedió él—. Con la mayor de las discreciones vigila ese gimnasio. Sin que te «cale» el amigo Bergman, y mucho menos los expertos en golpes bajo la nunca. Entérate de cuanto te sea posible acerca de esos fingidos hijos del Sol Naciente. Verdadera identidad, profesión, domicilio..., en fin, hasta donde llegues. Nos reuniremos aquí sobre las nueve, Cenar y rumbo al Thunder Club. ¿De acuerdo?

—O. K., jefe.

Fue ella la primera en abandonar el comedor.

Russell siguió el delicioso contoneo de sus bien redondeadas caderas, prietas en el interior de aquel sugestivo vestido lila con que la había conocido a bordo del Motala.

Terminó el cigarrillo, apuró el café con fruición y se lanzó de nuevo a la calle.

Noli y Pat.

Dos nombres

«ye-yés»

para dos chicos

«ye-yé».

Dos chicos que no guardaban de él un recuerdo muy simpático después de haber interrumpido su actuación la noche anterior.

CAPÍTULO VI

Lövholmsvägen, 21.

Al otro lado del Arsta Viken, hacia el sur de la ciudad. Un barrio humilde.

Sólo poner un pie en el pasillo que comenzaba junto al portalón número 26, ya se adivinaba en qué piso vivían los «nenes».

Estaban ensayando.

Segundo piso, primera puerta.

Le dio al zumbador.

Abrieron.

Noli, con una camisa roja y un pantalón vaquero acampanado, se quedó boquiabierto junto al umbral.

Russell sonrió abiertamente.

—¿Me permites, «guapo»?

Sin responder, se hizo a un lado.

Alguien preguntó desde dentro:

—¡Eh, Noli! ¿Quién es?

Waldrip, que ya se había colado en el interior del apartamento, apareció en la salita, respondiendo:

—Yo mismo, Pat. ¿Me recuerdas?

Y largó un vistazo al escenario.

Las guitarras, el micrófono y ellas.

Dos golfillas en busca del aumentativo.

En el tobillo izquierdo llevaban esa esclava que suelen llevar las hijas del Islam.

De oro.

Es todo.

Miraban a Russell, asustadas, encendidos los aniñados rostros,

cruzando las manos sobre...

—Que se vistan y se larguen —pronunció el detective en un tono conminatorio.

Iban a obedecer.

—¡Quietas!

Había gritado Pat.

Que reaccionando a la inicial estupefacción abalanzóse sobre Russell, tratando de golpearle con la guitarra.

Lo vio venir.

Un escorzo a la izquierda.

Disparó el puño derecho incrustándoselo en la boca del estómago.

Le acometió la subsiguiente arcada.

Y al inclinarse, su cara tropezó con la alzada rodilla del detective.

Rodó en tierra con sus pantalones anchos, su camisa verde chillón y su guitarra

«ye-yé».

Russell Waldrip miró a las muchachas.

—¿Os ayudo yo?

Dieron un rotundo mentís al tan cacareado tópico de lo que ellas tardan en arreglarse.

Noli ayudó a su compañero.

—¿Se ha propuesto amargarnos la vida, amigo?

El americano esbozó una sonrisa ambigua.

—Vosotros tenéis un concepto muy particular de lo que es la vida. Es tiempo de que se os vaya enseñando que estamos aquí para algo más que gritar, patear, dejarse el pelo hasta la cintura y traerse a casa un harén de lactantes. Disconformes con el mundo, ¿eh? ¿Y es así cómo tratáis de arreglarlo todo?

Pat, incorporándose, miró a Russell con encendidas pupilas.

—¡Al final le mataremos, yanqui!

Se burló el aludido:

—Os falta hombría, mamarrachos.

—¿Qué quiere de nosotros? —inquirió Noli, más prudente y temeroso que su compañero—. ¿Qué le hemos hecho?

Arqueó las cejas Russell.

—¿A mí...? Nada.

—¿Entonces...? —inquirió de nuevo Noli.

—¿Cuánto le pagáis al sindicato?

—¿Qué sindicato, tío sabio? —preguntó a su vez Pat.

De un revés, con la derecha, le cruzó la cara y lo mandó contra el micrófono dando traspiés.

—Has oído la pregunta, ¿cierto, Noli?

El de la camisa roja, temblaba de pies a cabeza.

—Sí..., sí. Pero no sé a qué sindicato se...

Una sucesión de rápidas y sonoras bofetadas restallaron como latigazos sobre el rostro del «ye-yé».

—Sabes muy bien a qué me refiero. Y os prevengo a los dos, monigotes, que he venido a sacar agua clara y la sacaré aunque tenga que mezclarla con sangre. ¡Cobardes! Os queréis comer el mundo de un bocado... y no pasáis de cluecas acoquinadas. ¿Dónde están vuestras agallas? ¿Por qué no les hacéis frente a esos tipos que os están explotando? Han matado a dos mujeres, ¿y qué? ¡No importa! Vosotros a seguir con la guitarra. ¡Cucarachas!

Se fue de cara a Pat y lo alzó del suelo tirando del cuello de la camisa.

Le sacudió dos nuevas bofetadas.

—¡No...! ¡No le pegue más! —gritó Noli—. ¡Déjenos y le diré la verdad!

—¿Te has vuelto loco? —rugió Pat.

Russell le arreó un trallazo que dio con el melenudo de espaldas en tierra.

—Veamos, Noli —dijo—. Puesto que empiezas a mostrarte razonable, suelta la lengua.

Noli, engulló saliva. Frotó la palma de ambas manos encima de los pantalones.

—Nos hacen pagar. Si queremos salir en público tenemos que pagar.

—¿Cuánto?

—El cincuenta por ciento de lo que cobramos por actuación.

Russell crispó los puños.

—Traduce eso en cifras, Noli.

—Nosotros... percibimos cuatrocientas veinticinco coronas por noche...

—Que vienen a ser, aproximadamente, ochenta y cinco dólares, ¿no?

—Sí, creo que sí. Tenemos que pagar doscientas sesenta.

—¿A quién?

—Un individuo que viene a cobrar semanalmente.

—¿Es siempre el mismo? —inquirió el detective.

Noli negó con la cabeza.

—No, no. Hay dos. Una semana viene uno y la otra el otro.

—Descríbemelos.

Lo hizo.

—¿Recuerdas haberlos visto con anterioridad en otro lugar?

—No..., creo que no.

—¿Por la oficina de uno de los tres promotores de vuestros espectáculos, tampoco?

Pensó.

—Le juro que no lo recuerdo. Nosotros tratamos con Don McCarty. Esos individuos jamás los he visto por allí.

—¿Cómo fue que os pidieron esa «cuota»?

Noli se pasó una mano por la húmeda frente.

—Vino uno de esos tipos. Nos dijo que si queríamos seguir actuando tendríamos que pagarle al sindicato la mitad de nuestros ingresos. Como medida de protección.

El sistema de siempre.

Waldrip, por un instante, sintió pena de lo que hasta entonces le produjera asco.

—Mirna se negó a pagar, ¿es cierto?

Asintió el muchacho.

—Sí..., lo mismo que Laura Silveira. La mayoría de extranjeros se niegan. Y..., y son las mujeres quienes demuestran tener más valor.

El detective extrajo la foto de Sisely mostrándola a Noli.

—¿La conoces?

Se mordió el labio inferior.

—Pues... —dudó unos segundos—, juraría haberla visto una vez en Chez

Ye-yé.

¡Ya recuerdo! La trajo porque quería cantar.

—¿Cuándo le toca venir al «recaudador», Noli?

—Pasado mañana, el sábado.

Pat ya estaba de nuevo en pie.

—Mira, gamberro —le espetó, acercándole el rostro—. Noli ha demostrado tener algo más que serrín dentro del «tejado». Procura imitarle, ¿entiendes? Mi visita a esta casa trasciende..., aunque sólo sean oros compañeros, Tom, Mick y Bob, te prometo que no volverás a tocar una guitarra en tu vida. ¿Me escuchas?

Ya había perdido su inicial «chulería».

—Sí..., sí, le juro que no hablaré.

—Correcto. Es posible que vuelva a ponerme en contacto con vosotros. Procurad que sea para bien. Yo no andaré con cuerdas de guitarra ni discos de The Beatles. ¿Está claro?

Los miró a los dos.

Ambos asintieron.

CAPÍTULO VII

Hiromi Nishimura se llama en realidad Sharon. Shikao Takeuchi tiene por verdadero nombre Ernest. Y Kazuo Yoshikawa es el pseudónimo empleado por Kimball. No ha sido fácil, Russell. Sharon trabaja de enfermero en un sanatorio mental. Ernest es marinero. Y Kimball, sin ocupación aparente, se dedica a pintar cuadros existencialistas, cubistas y otras sandeces por el estilo.

Penélope alzó los ojos en busca del rostro de Russell, y se tropezó con un rictus de preocupación.

Una extraña sonrisa floreció en labios del detective.

—Basta, princesa. Sharon Kallberg y Earl Kimball son los recaudadores del sindicato.

Y Narró la entrevista sostenida con los dos integrantes del conjunto The Hysterics.

—¡Por fin! —exclamó Penélope—. Ahora vamos sobre seguro, ¿no es cierto?

—Psé...

—¿No? —Fue más sorpresa que pregunta.

—¿Olvidas el por qué estoy en Suecia?

—Mientras no actúe en público, no hay peligro, Russell. Y si entretanto...

—Y si entretanto me preocupo del sindicato le sucedí algo a Sisely..., vale más que me largue a la China y te envíe una postal a papá Winslow contándole lo sucedido a dorso.

—La encontraremos, pesquisa, la encontraremos.

—De momento —dijo él, de mal talante—, han pasado ya dos días... ¡y nada! MacCarty la ha visto, ese par de payasos también..., pero la que podía darme una pista se encuentra en el depósito de cadáveres.

Penélope se alzó en busca de algo.

Algo a lo que Russell, de buen o mal humor, no podía negarse nunca.

Besarla era vivir, era preludio de...

Bajaron tarde a cenar.

Con el tiempo justo de hacerlo frugalmente, salir a calle, detener un taxi y:

—A Norrbackagath, 42.

CAPÍTULO VIII

42. Calle Norrbackagath. Thunder Club.

Una puerta cristalera con persianas graduables.

Detrás...

Eso, que es una fruta.

Elevada al cubo.

Un tipo que gesticulaba como lo que era y como lo que no era según su indumentaria, con lo que ya está dicho lo que era, graznaba una aberración de las muchas que sin duda componían su nutrido repertorio.

Bailaban.

Como ellos y ellas sabían.

Con esa serie de incomprensibles contorsiones, con aquel derroche de absurdos movimientos, con el histerismo congestionado que brillaba en sus febriles rostros. Todos cortados por el mismo patrón.

Una en el centro de un corro de lascivos beodos hacía un sibilino *strip-tease* babosamente admirado.

¡Guarras!

El local había sido anteriormente un *night-club* de personas sanas, donde se escuchaba y cantaba buena música.

Pero eso había pasado de moda.

Adaptarse al berreo y la degeneración resultaba mucho más productivo.

El «hombre» que estaba encima del tablado culminó su actuación retorciéndose sobre la tarima con el micrófono entre los brazos.

Y al fin, sobrevino la salvaje y atronadora aquiescencia de la febril multitud.

—Ya lo ves, princesa. Están borrachos. Y si la cogerza fuese de licor, tendría cura. Mañana se levantarían con dolor de cabeza, resaca, paladar reseco..., pero no, están ebrios de aire, de ideas estúpidas, de libertinaje. Esa clase de borrachera no se acaba con una resaca. A veces, con una cuerda de guitarra en el cuello.

Aún no se habían apagado los ecos del griterío cuando tres cochinos con barba, melenas y guitarras se alzaron sobre el tablado.

Frente a ellos, de cara al micrófono, una mocosa con el cabello corto, jersey de abierto escote y algo que le serví de falda.

Russell Waldrip la miró.

Siguió mirándola.

Absorto. Atónito. Estupefacto.

¡Sisely Thornton!

—¿Ocurre algo, rubio?

—Mira al tablado, princesa.

Lo hizo. Llegando hasta la muchacha.

—¡Russell! ¿No es...?

—Sí es, Penélope. La descarriada retoña de papá Window.

* * *

—¿Cómo te las has arreglado para cantar, boba?

—¡No me hable así!

Russell se contuvo.

—Sisely..., tu padre no me reprochará que te harte de bofetadas, ¿entiendes? Me dijo que te llevara a Nueva York costara lo que costara. ¿Cómo has conseguido actuar?

—Actuar... —sonrió tristemente. Como una niña que ve destrozada su muñeca preferida—, ¿actuar dices? ¡Si no me has dejado!

—Sigue tratándome de usted, mocosa. Y contesta de una vez.

—Miryam Delbert. Habló ayer con el propietario del Thunder Club y él accedió a darme una oportunidad.

—¿Vives con Miryam?

—Sí.

—¿Le paga ella al sindicato?

Desorbitó los verdes ojos.

—¿Cómo sabe...?

—¡Estoy esperando la respuesta, Sisely!

—No... —dijo con voz trémula—. Se ha negado a pagar. Yo... también he dicho que no.

Waldrip, sorprendido, inquirió:

—¿Tú...? ¡Pero si no empezabas hasta hoy!

Escondió los ojos inclinando la cabeza.

—Los del sindicato se han enterado. Esta mañana he recibido la visita de un hombre. Me ha dicho que debía pagar la mitad de lo que cobrase por actuación, a partir de hoy, semanalmente. Le he dicho que no pagaría una corona. Y Miryam, una vez más, se ha negado también. Él ha sonreído siniestramente, diciendo que ninguna de las dos seríamos avisadas de nuevo.

—Descríbeme a ese hombre, Sisely.

Lo hizo a grandes rasgos.

Pero con suficiente detalle para que Waldrip, comparando con las anteriores descripciones hechas por Noli y Penélope, lo identificara como Kazuo Yoshikawa, en realidad, Earl Kimball.

Se mesó los rubios cabellos.

—O sea que esta noche debías actuar en vez de Miryam ¿no?

Asintió.

—Sí. Carl Kaiser, propietario del local, dijo ayer que, si tenía éxito..., habría un sitio para mí en el espectáculo.

De repente, el detective dio un brinco, se plantó frente a la muchacha y la sacudió por los hombros.

Penélope, asombrada también por la extraña y violenta reacción, siguió manteniéndose en silencio.

—¡Entonces...! —Tralló Russell con el rostro congestionado—. ¿Miryam ha quedado sola en el apartamento?

—Sí, sí..., yo le he dicho que viniera —musitó, asustada por la expresión del detective—. Ha preferido descansar y...

—¡La dirección! ¡Dame la dirección inmediatamente!

Sisely Thornton y Penélope Quincy seguían sin comprender aquella excitación que dominaba al detective.

—Danvikehem, 85. En el segundo piso. Pero..., ¿qué es lo que pasa, Russell?

Waldrip tomó nota mentalmente. Giró, sin responder la pregunta

de Sisely, diciéndole a Penélope antes de salir:

—No te apartes de su lado ni un momento. Y no se te ocurra abrir la puerta a otra persona que no sea yo. ¿Lo has comprendido bien, princesa?

Asintió la periodista, pero no porque comprendiera bien ni mal.

Russell abandonó la estancia como un vendaval.

Trotando por las escaleras, atravesando el vestíbulo del hotel como una exhalación, asomando a la puerta para gritar:

—¡Taxi! ¡Taxi!

Había tenido suerte.

—A Danvikehem, 85. ¡Rápido!

Asintió el chófer.

Pisando a fondo, sí señor.

CAPÍTULO IX

La funda del disco.

En el suelo.

The Beatles.

Había dejado de girar.

«*Twist and Shout*».

Sí.

Como en el apartamento de Mirna Clayton.

—¡Asquerosos matarifes! —rugió Waldrip, cerrando los puños con fuerza.

Miryam Delbert había sido una muchacha hermosa.

De exuberantes y turgentes redondeces que daban a su cuerpo unas formas rotundas, señaladas.

Le habían dado tiempo a ponerse el translúcido camisón de color malva.

De pie, cerca de la cama, el asesino karate había asestado el golpe seco, mortal.

Bajo nuca.

Luego, la cuerda segunda de una guitarra eléctrica anudada a su nacarina garganta.

Y allí estaba.

El tercer crimen, la tercera cuerda, el tercer disco de The Beatles, la tercera guitarra...

El sindicato.

—¡Buenas noches! —exclamó una voz a su espalda.

Sin volverse, repuso Waldrip:

—Adelante, oficial Bergman. Yo no necesito que me telefonéen, los «huelo». Es inútil que se tome molestias. Nada es diferente con respecto a Laura Silveira y Mima Clayton. Bueno... —Giró para

mirar al carienjuto Curt Bergman—, una diferencia sí hay.

El oficial de la policía sueca, escoltado por los dos agentes de uniforme, miró al americano con una extrañeza en la que jugaban buen papel la sorpresa e ironía.

Inquirió:

—¿Y es, míster Sampson?

«Míster Sampson», Russell Waldrip, sonrió tenuemente antes de responder:

—Que ya sé por qué cada vez anudan una cuerda distinta de la guitarra al cuello de las víctimas.

—¿Por qué, míster Sampson?

—Porque anuncian de este modo cuál será la próxima, amigo Bergman.

El otro se convirtió en la genuina imagen de la sorpresa, el asombro y la estupefacción, reunidas en un solo rostro terrenal.

Abrió la boca. Y los ojos.

—¿He..., he entendido bien?

Russell, mesando sus ensortijados y rubios cabellos, en lugar de responder, efectuó una desconcertante pregunta:

—¿Entiende usted de música, oficial Bergman? De guitarras en especial... ¿Entiende?

Desconcertado, igual que en la anterior ocasión que se enfrentó con el supuesto Blaine Sampson, Curt Bergman notó lo ambiguo.

—Creo que no. Creo que no. En la academia no se preocuparon de enseñarnos a tocar la guitarra.

Sonrió el detective.

—Remedaré tal olvido, con su permiso, amigo Bergman —dijo un tanto burlón—. ¿Me escucha?

—Con atención, míster Sampson.

Russell dirigió una fugaz mirada al cuerpo de Miryam antes de explicarse así:

—Obvio que usted sabe las cuerdas de que se compone una guitarra, ¿no? Cada una de esas cuerdas, en el aire, fíjese lo que digo, en el aire, o sea sin pisarlas, pulsadas u oprimidas contra el diapason^[1], corresponden a una determinada nota de la escala musical. La cuerda prima al MI agudo; la cuerda segunda, al SI; la cuerda tercera al SOL; la cuerda cuarta al RE; la cuerda quinta al LA y la sexta al MI grave. ¿Ha comprendido? —hizo una pausa fugaz,

agregando antes de que el policía tuviese tiempo de abrir los labios —. Laura Silveira fue asesinada de un golpe mortal de karate y luego enroscaron en su garganta la cuerda prima. Y esa cuerda, en el aire, corresponde a la nota MI agudo. ¡Qué coincidencia! La siguiente víctima se llamó Mirna Clayton. Asesinada por exacto procedimiento y anudada a su cuello la cuerda sexta. Y esa cuerda, en el aire corresponde a la nota MI grave. ¡Qué casualidad! La víctima de hoy lleva por nombre Miryam Delbert. Muerta por el habitual sistema y con la cuerda segunda enroscada al gáznate. Que, en el aire, tiene por nota el SI. De lo cual deduzco, por haber ido más lejos que usted en el asunto, que la próxima víctima bien puede llamarse Sisely Thornton. ¿Ha captado mis explicaciones, oficial Bergman?

El aludido, hecho un completo y verdadero lío, asintió mecánicamente para preguntar acto seguido:

—¿Quiere decirme quién es usted, míster Sampson?

Russell soltó una carcajada.

—Pues... algo así como un moderno desfacedor de entuertos, que va a colaborar con usted para exterminar a los asesinos en «ye-yé»

y al sindicato que está explotando a la moderna y descarriada juventud que nos depara esta época, llena de inquietudes..., llena de disconformes, que, en el fondo, son una jauría de estúpidos inconscientes.

—Pero...

—Pero me imagino que usted ha venido acompañado por otros agentes que aguardan en la calle dentro del coche patrulla, ¿cierto, oficial Bergman?

—Si...

—Entonces, como la policía debe trabajar a todas horas en bien de los ciudadanos honrados, es hora de que empecemos la «limpieza».

—Se refiere a que procede a la detención de los karates ¿no? —musitó el policía, dubitativo.

Russell Waldrip. —Blaine Sampson para el oficial Bergman—, hizo un gesto muy peculiar en él.

Agitar el índice de la derecha de un lado para otro.

—Ya sé —sonrió— que ha seguido usted mis consejos. Ya sé que

tiene vigilados a los tres únicos individuos que practican esa modalidad de lucha en Estocolmo... Vigilancia, por cierto deficiente, como lo prueba el hecho de que uno de ellos haya escapado de ella para asesinar a esta mujer. Pero, no, amigo Bergman, no es por ahí. Los karates son únicamente vulgares asesinos a sueldo. Nosotros debemos ir directamente a las cabezas rectoras de ese criminal sindicato.

—¡Pero...! —Tralló el policía zafándose a su imperturbabilidad—. ¿Cómo?

—Aprovechando el error que han cometido al asesinar a Miryam Delbert.

—¿Error?

Russell sonrió, satisfecho.

—Sí. ERROR. Con mayúsculas. Porque al anudarle la cuerda número dos, han señalado como próxima víctima a una muchacha llamada Sisely Thornton, la cual, hasta ayer, no tenía posibilidades de actuar en ningún local. Sólo dos personas estaban enteradas de que hoy iba a cantar en Thunder Club. Una de ellas... —señaló el cadáver de Miryam—, ahí la tiene. ¿Qué le parece si nos interesamos por la otra?

Curt Bergman, que ya no tenía la más remota idea de por dónde navegaba, asintió como un autómata.

Abandonando su sagrada labor en manos de un extranjero cuya personalidad se mostraba a cada segundo más extraña y misteriosa.

Pero inspiraba confianza.

—¡Vamos con usted! —exclamó, de repente, con decisión.

—Pues, andando, oficial Bergman.

TERCERA PARTE

LO INDEFECTIBLE

«Demasiado a menudo se olvida que el hombre es un ingenio cuya fuerza motriz es un alma, que hasta el pensamiento puro tiene su valor comercial, que entre las industrias nacionales, la de las almas de buena calidad acabará por aparecer como una de las más lucrativas y que, sobre todo, muy a menudo, las cuestiones de riqueza son también cuestiones de justicia».

Juan Ruskin.

CAPÍTULO I

El agente que iba al volante, detuvo el vehículo con suavidad ante las puertas del Thunder Club.

Con sus persianas graduables.

Calle Norrbackagath, 42.

Russell Waldrip descendió.

Con un pie todavía en el auto, dijo al policía:

—No creo que ahora sea necesaria la intervención de ustedes. Aún así, de transcurrir un tiempo prudencial sin que yo haya regresado..., ¡olvídense de las estúpidas leyes suecas y asalte ese hervidero de imbecibilidad en busca de un tal Carl Kaiser!

Dicho esto, caminó en dirección a la entrada.

Todo seguía igual que poco antes.

Pasado el asombro que produjera su irrupción y la forma de llevarse a Sisely, los

«ye-yé»

habían vuelto a entregarse con furor frenético a la danza contorsional.

Dando codazos, sin que nadie reparase de nuevo en su presencia, ya que todos estaban muy ocupados en el estridente pateo, Russell consiguió cruzar el local, dejar atrás el tablado donde se desgañitaban los melenudos y alcanzar un arco disimulado por un espeso cortinaje de color verde.

Lo traspuso.

—¿Qué busca usted, amigo?

El tipo era de mediana estatura y expresivo rostro.

Ni a respirar le dio tiempo.

Un solo y bien arreado puñetazo en mitad de las fauces lo tendió en tierra fuera de combate.

Echó adelante por el pasillo.

Puertas de camerinos. Y la última, la del propietario del local.

La abrió de un sonoro patadón.

Una rubia saltó del diván en donde se hallaba tendida y abandonada a las caricias de un fulano de aventajada edad.

Se abrochó precipitadamente cuanto tenía por abrochar.

—¡Buenas noches, Kaiser!

Calvo. De ojos grandes y oscuros. Rostro ajado de rictus lascivo. Expresivamente ominoso ahora.

—¿Quién es usted? —inquirió con evidente ira.

—Tengo poco tiempo para perder, amigo Carl —soltó el detective—. Soy el que hace poco rato ha raptado a su nueva estrella

«ye-yé».

La rubia salió a escape.

—¡Imbécil! ¡Y aún se atreve...!

Waldrip lo atrapó por las solapas de la chaqueta para lanzarle un espeluznante zurdazo en mitad del rostro.

Lo vio girar sobre sí mismo y desplomarse en tierra.

—Sólo Miryam y usted sabían que Sisely Thornton actuaría aquí esta noche. Sin embargo, el sindicato también se ha enterado porque, como usted muy bien sabe, ya le han enviado uno de los recaudadores con la advertencia de rigor. Miryam está muerta... MUERTA. No quiso pagar. Sisely dijo que tampoco pensaba hacerlo. Miryam tiene puesta en el cuello la cuerda segunda. El SI. De... Sisely. ¿A quién le comunicó usted que ella actuaría en este local? ¿Quién maneja el sindicato?

El fulano, medio incorporándose, musitó:

—Yo..., yo ignoro..., no sé...

Murieron en sus labios las incoherencias, porque Russell, excitado por el último crimen que viera, había perdido los estribos.

Le largó un patadón a la boca inundándosela de sangre.

—¿Quién os da órdenes, Carl?

Trataba de restañar con un pañuelo aquel océano sanguinolento que manaba de sus labios.

—No...

Russell, sin piedad, le castigó de nuevo con mayor violencia.

Hasta arrancar el estentóreo grito de:

—¡SE LO DIRE! ¡SE LO DIRE TODO!

Sonrió el detective aviesamente.

—Pues que sea pronto, cerdo. Antes de que te deje irreconocible para toda tu puerca existencia.

Deshecho, cubierto el rostro de sangre, terminó de incorporarse con roncós y ruidosos jadeos.

—Thomas..., Thomas Ciarlo. El..., él es quien maneja el sindicato.

¡Vaya! El tercer promotor. Aquél a quien no encontrara. El que tenía la tan complaciente secretaria.

Sonrió de nuevo.

Una de aquellas sonrisas plenas de ominosidad y amenaza.

—¿Cuál es su domicilio particular? ¿Dónde puedo encontrarlo ahora?

Carl Kaiser seguía tratando de contener el aluvión de sangre.

Apartó el pañuelo de su boca.

—Thomas... tiene también un club. Allí podrá encontrarle ahora... Es..., es el Beam Boite. Está en..., en la calle Fafangan número 97. Allí...

El detective se acercó a Kaiser atrapándolo de nuevo por las solapas del «saco».

—Sí..., sí —dijo acercándole el rostro—, allí encontraré a Thomas Ciarlo. Y procura que así sea, pedazo de guarro. De lo contrario, volveré. Volveré... para machacarte esa cara de marrano y destrozarse ese local que te chorrea oro. ¡Indecente!

De un violento empujón lo envió contra el diván en donde estuviera la rubia.

Abandonó la estancia. Y poco después salía del Thunder Club.

CAPÍTULO II

Fafangan, 97.

Beam Boite.

¡Sorprendente!

El lugar estaba enclavado dentro de un maravilloso parque, al sureste de la ciudad, componiéndose de un artístico edificio de dos plantas.

No era esto lo que más había sorprendido a Russell.

Sino el hecho de que Thomas Ciarlo, director del criminal sindicato que extorsionaba a la numerosa prole

«ye-yé»

de Estocolmo, promotor y agente artístico de los musicales inadaptados, fuese propietario de una boite elegante, señorial, distinguida y suntuosa, donde, menos

«ye-yé»,

se interpretaba toda clase de música.

Un contrasentido.

La planta baja, luego de salvar las cortinas multicolores de terciopelo, conducía a través de un pasillo muellemente alfombrado hasta la sala general.

Veladores, luces tamizadas, melodías lánguidas, hermosas mujeres, selecta clientela.

Y un escenario tras el encerado en el que algunas parejas se movían cadenciosamente al compás de una vieja y romántica musiquilla.

Se fue de cara al primer camarero con quien tropezó.

—¿Está Ciarlo en el local?

—Por supuesto, señor —le respondió el otro con exquisita

corrección—. Suba al primer piso y pregunte por su despacho.

Le indicaba una escalinata de mármol y metal que se iniciaba a la derecha del mostrador-bar.

Subió.

En el rellano superior se dio de narices con un tipo que tenía todas las trazas de un auténtico killer, sentado a una silla y fumando displicente.

—¡Eh, tú! ¿Dónde veo a Ciarlo?

Lo midió con sus menudos ojillos.

—Pasillo de la izquierda, tercera puerta de la derecha.

Russell, mientras seguía las indicaciones del truculento fulano, pensó que todo aquello era muy extraño.

Demasiado.

Allí nadie ponía dificultades.

Nadie ponía impedimentos para llegar hasta la presentía del jefe.

Demasiado.

Muy significativo.

No era difícil comprender que...

Eso, lo que vio al abrir la puerta.

—¡Bienvenido, Russell Waldrip!

Una mesa larga y ancha.

En el centro, el tipo que había exclamado aquel saludo irónico, burlón, casi amenazador.

Más bien alto, lleno, de rostro cuadrado en el que destacaban unos profundos ojos castaño claro, unos labios finos, delgados, de rictus cruel y expresivo. Peinado el negro cabello con raya y bañado en brillantina.

Thomas Ciarlo.

Y a su lado, a izquierda y derecha, Don McCarty, Donald Keeley...

Detrás, tres imponentes individuos por cuyas descripciones pudo identificar sin lugar a dudas.

Ernest Annex, Sharon Kallberg y Earl Kimball.

Los karates, los asesinos, los recaudadores.

¡Allí estaba el sindicato!

—Vaya... —sonrió el detective con aplomo y frialdad—, se ha reunido el consejo de administración de los extorsionistas «ye-yé».

El señor Keeley, el señor McCarty..., ¿el señor Ciarlo?

Sonrió el aludido sarcásticamente.

—Para servirle, detective Russell.

—Me sorprende... —Avanzó unos pasos hacia la mesa—, estimado amigo Thomas Ciarlo, que conozca usted mi nombre y profesión. Que yo sepa, no ha entrado ningún Russell Waldrip en Suecia.

—¡Oh, sí! Ha venido el señor Blaine Sampson. Pero, en realidad, es el detective Waldrip quien ha venido a Estocolmo para cumplir el encargo de míster Winslow Thornton. Ha encontrado ya a la muchacha, ¿verdad?

Russell se dejó caer displicente en una de las dos butacas que había al otro lado de la imponente mesa.

—Vaya, vaya... —Miró a Don y Donald de soslayo—, así que no sabías nada del sindicato, ¿eh? Y usted, señor Ciarlo, ¿cómo sabe tantas cosas de mí?

Soltó una carcajada el de los ojos castaños.

—¡Amigo Waldrip! Por favor..., soy americano. De América. Usted ya sabe..., contactos, confidencias...

—¡Oh, no! Por favor..., soy americano —le cortó con sus propias palabras, burlonamente, el detective—. Acaba usted de cometer su segundo gran error, amigo.

—¿De veras...? ¿Cuál?

—Pues, muy sencillo. Sencillísimo. Revelarme, en su afán de confundirme, el verdadero nombre, la verdadera identidad... del verdadero jefe del sindicato.

La sonrisa se esfumó del rostro cruel de Thomas.

—Es usted demasiado listo, Russell. Y ha ido demasiado lejos. Estábamos muy tranquilos hasta que llegó, buscando a esa imbécil histérica... y es lamentable que no podamos dejarle marchar después de haber ido tan lejos, la confianza mata al hombre. Qué refrán más verídico. ¿Eh, McCarty? —Gruñó algo, entre dientes.

Siguió el que llevaba la voz cantante:

—Y nosotros estábamos en la confianza de que la policía tardaría mil años en descubrir...

—Lo que yo en cuarenta y ocho horas, ¿verdad?

Volvió a reír sádicamente Thomas Ciarlo.

—Correcto. Usted ha venido a estropearlo todo. Un negocio tan

rentable, tan productivo... ¿Tiene usted idea de la de conjuntos «ye-yé»

que actúan en Estocolmo? No. Me lo figuro. Pues es un número asombroso. Y todos, salvo excepciones que desgraciadamente hemos tenido que eliminar, para que no cundiera el mal ejemplo, pagan con religiosidad puntual el cincuenta por ciento de sus ingresos. ¡Una verdadera fuente de oro! Verá, pesquisa, era necesario demostrarle a esa juventud inadaptada que se cree mejor, se supone futura redentora del mundo, que nosotros, los de la vieja generación, seguimos siendo los más inteligentes, ¿qué mejor forma de demostrárselo que explotándolos?

Russell hizo un rictus de sarcasmo.

—No se arrogue méritos que son de otro, amigo Ciarlo. La idea nació en un cerebro bastante más inteligente que el almacén de serrín que usted tiene por cabeza... —dijo, echando un vistazo a su reloj, agregando seguidamente—. ¿Pero eso a mí qué me importa? Sí, yo he descubierto el tinglado, de acuerdo. Pero vine a Suecia en busca de la mocosa y ya la tengo. Me largo con ella..., ¡y allá vosotros con la «bofia» de acá! ¿Correcto?

Ciarlo inició en sus crueles labios una sentenciosa sonrisa.

—Lo siento..., detective. Ya no hay remedio.

Fingió miedo Waldrip, al musitar:

—Yo..., yo os prometo callar. Podemos llegar acuerdo. Me largo con la chica de aquí y...

Saltó hacia atrás, usando la butaca de parapeto al tiempo que las «Magnum» nacían en sus manos.

Tan brusco y veloz había sido su movimiento, que los pilló a todos por sorpresa.

Los tres karates fueron quienes primero reaccionaron.

Sharon Kallberg y Ernest Annex tropezaron en su camino con dos pedazos de plomo que se incrustaron matemáticamente en el centro de sus frentes.

—¡Al suelo! —gritó Thomas Ciarlo.

Earl Kimball brincó por encima de la mesa hacia la butaca donde se protegía el detective.

Eso fue en el preciso instante en que la puerta se abrió estrepitosamente y el oficial Curt Bergman de la policía sueca, saltándose el reglamento, hacía una demostración eficiente de su

puntería.

Kimball, alcanzado de lleno por los dos balazos, en pie, no salto, cayó vertical estampando su cabeza contra la butaca.

Igual que sus dos compañeros karates.

Muerto.

—¡Policía! —gritó Bergman—. ¡Salgan de la mesa con las manos en alto!

Lo hicieron.

Keeley. McCarty. Ciarlo.

Pero no con las manos en alto.

Empuñando sendas pistolas y buscando sorprender a los que esperaban su rendición.

A Russell Waldrip no lo engañaron.

Y sus «Magnum» entonaron una rapsodia mortal, ininterrumpida, trepidante.

Donald Keeley fue el primero en desplomarse encima de la monumental mesa con la garganta atravesada.

Don McCarty ni a enterarse llegó del instante en que el pedazo de ardiente plomo se clavaba entre sus cejas.

Thomas Ciarlo, sí.

El sí dióse cuenta de que los proyectiles..., uno..., dos..., tres..., perforaban su estómago en busca de la vida, ofreciendo una lenta agonía.

Despacio, retorciéndose entre espasmos y estertores, fue cayendo hacia atrás.

Derribó la butaca desde la que fuera cabeza visible del criminal sindicato.

Y al fin, muerto.

Seis muertos.

Russell Waldrip enfundó sus automáticas y encaróse con el oficial de la policía sueca, Curt Bergman.

Musitó:

—Ahí los tiene, amigo. Los seis componentes del sindicato. Ya no más extorsiones. Ya no más muertes en «ye-yé».

¿Cómo explicaría él todo aquello?

—Míster Sampson..., ¿cómo voy...? ¡Eh!, ¿dónde está? ¡Maldita sea...!

«Míster Sampson» había desaparecido.

CAPÍTULO III

¡Ploc!

Fue un ruido seco, drástico, áspero, que estalló en el silencio de la habitación como un pistoletazo.

Unos tímidos y fugaces rayos de luz que se filtraban por la entreabierta ventana, sesgando la interior oscuridad, fueron a impactar unos segundos sobre la causa de aquel ruido.

Una guitarra a la que habíanle arrancado las seis cuerdas.

* * *

Turbado el sueño de quien descansaba plácidamente, se removieron unas sábanas al tiempo que un cuerpo saltaba de la cama al suelo.

Una mente soñolienta..., unos dedos que buscaban a tientas el conmutador..., unas manos que empuñaban seis cuerdas de guitarra trenzadas entre sí...

—¡Aaaag!

El metálico entrelazo habíase enroscado en el cuello de aquél que había visto su sueño truncado por el seco estrépito.

Y una voz susurró:

—Voy a estrangularte.

Se aflojó la presión de las cuerdas.

Inquirió otra vez:

—Pero..., ¿quién eres?

—Hiromi Nishimura —respondieron metálicamente.

—¡Déjate de estupideces, Sharon Kallberg! ¡Yo soy el jefe!

—Lo sé. Ciarlo me ha enviado a liquidarte. Está cansado de que

no des la cara y te lleves la parte gorda del negocio. ¡Lo siento! Debo estrangularte.

Un jadeo.

—¡No! ¡Espera! ¿Cuánto te ha dado el traidor de Ciarlo por este trabajo?

—Cinco mil.

—¡Te doy quince mil!

Un silencio.

El metálico entrelazado seguía rozando el cuello de quien pugnaba desesperadamente por comprar su vida.

—De acuerdo. Pero..., tiene que ser ahora mismo.

—¡Sí...! ¡Los tengo aquí!

Se vio libre del mortal collar.

Y en aquel instante brillaron las luces de la habitación.

—¿Tiene suficientes pruebas, míster George Alfred Emerson?

Éste era un hombre de expresión bondadosa y avanzada edad.

—Sí... —asintió con tristeza.

—Cometiste un grave error, secretario. Un lamentable fallo, amigo Vernon Taylor. Revelarle a tu hombre de paja, Thomas Ciarlo, mi verdadera personalidad. Sólo tú y una mujer llamada Penélope lo sabíais.

Vernon Taylor, el de aspecto agradable, facciones risueñas, aire de public-relations, desenfado...

Vernon Taylor, el secretario del cónsul...

En pijama.

Contraídas las mandíbulas, torcido el rostro en máscara de lívida crueldad, vencido...

El jefe.

Trató de abalanzarse, bruscamente, hacia la mesita de noche.

—Sí tocas el cajón, te «coso»...

La «Magnum» estaba entre los dedos de Russell Waldrip.

En tierra, cerca de la guitarra, el entrelazado metálico formado con sus cuerdas.

—¡Levanta las zarpas! Así, eso es, inteligente explotador. ¡Ponte de espaldas!

Obedeció, exteriorizando en su faz el profundo odio que sentía hacia aquél a quien había creído poder destruir cuando lo deseara.

Russell dio un paso adelante.

Descargó la culata de la «Magnum» contra la nuca de Vernon Taylor.

Luego de atarlo férreamente, dijo al cónsul:

—Es suyo, míster George Alfred Emerson. Si no desea que se haga publicidad del asunto puede acudir a las autoridades militares americanas. ¡Es suyo! ¡Buenas noches!

Le tendió la diestra.

Agradecido.

Triste.

CUARTA PARTE

LUNA DE JUGO DE ABEJA

«Tras tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, hay un poderoso señor, un desconocido sabio: se llama YO. Vive en tu cuerpo. Es tu cuerpo».

Federico Nietzsche.

CAPÍTULO I

El «Motala» surcaba una vez más las azules aguas del Canal de Göta.

Los codos en la borda, la cabeza entre las manos, perdidos sus verdes ojos, Sisely Thornton se preguntaba lo que ella era.

Se preguntaba de qué había servido...

Se horrorizaba al pensar lo cerca que estuviera de la muerte.

De repente, en aras de un impulso no contenido, giró sobre los talones con rápido revoloteo de su ancha minifalda.

—¡Eh, vosotros! ¿No vais a darme las gracias?

Una pareja.

Un hombre y una mujer.

Fundidos en un abrazo allá en la popa de la embarcación.

Besándose en público.

—¿Las gracias? —Waldrip alzó la cabeza por encima de los frágiles hombros de la hermosa Penélope.

—¡Vaya! —exclamó Sisely, rabiosilla—. ¿Gracias a quién os conocisteis? ¿Gracias a quién os habéis casado? ¿Gracias a...?

—¡Gracias a que te encontré a tiempo, mocosa malcriada!

—¡Ah, burro!

El soltó una carcajada.

Los brazos de la bella ojinegra se enroscaron a su cuello y los voraces labios femeninos buscaron los suyos en ávido beso.

—Te quiero, pesquisa.

—Y yo..., pero no escribirás más artículos, porque tu marido no va a permitirte.

—Egoísta...

—De ti..., de besarte..., de tenerte..., de que exista para ti un solo YO... YO..., tu enamorado...

Alguien golpeó con suavidad la espalda del hombre.

Giró.

—Felicidades, míster Russell Waldrip.

¡Era Curt Bergman!

Sonrió, sorprendido, el detective.

—Oficial, con su permiso, ¿eh?

Giró de nuevo.

Para darle un beso en la boca a su novel esposa. A la magnífica mujer que conociera a bordo de aquella embarcación.

Con un vestido lila.

¡Qué beso!

Después de verlo..., ¿a quién puede extrañarle que las suecas busquen nuevos horizontes para el amor?

A mí, NO.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: *Al correr del tiempo...*, *Generaciones Castradas*, *Historia Política de Cataluña 1880-1936*,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Dentro de las distintas definiciones que esta palabra tiene en el campo musical, el autor se refiere a la que textualmente dice así: «Trozo de madera que cubre el mástil y *sobre el cual se pisan con los dedos las cuerdas de la guitarra, violín y otros instrumentos análogos*».

< <